POESÍAS LÍRICAS

RICARDO GUTIÉRREZ

Nació en Arrecifes el 10 de Noviembre de 1836. Cursó estudios de medicina en la Universidad de Buenos Aires, y a poco de terminar su carrera tomó parte en la guerra del Paraguay, en el cuerpo de sanidad militar. Terminada la campaña emprendió viaje a Europa, desde donde envió interesantes correspondencias científicas y literarias. Alcanzó grandes prestigios como facultativo, especializándose en la medicina infantil; se debe a su iniciativa el Hospital de Niños, de que fué director.

Desde la juventud fué estimado como poeta lírico, difundiéndose muchas de sus composiciones caracterizadas por una suma sencillez de la forma puesta al servicio de una honda riqueza sentimental.

Sus obras poéticas más importantes son los poemas "Lázaro" y "La fibra salvaje", y las dos series de poesías líricas tituladas "El libro de las lágrimas" y "El libro de los cantos"; complementan su producción un poema en prosa titulado "Cristián" y numerosos escritos menores, en prosa y verso, que aún no han sido reunidos en una colección de sus obras completas.

Ricardo Gutiérrez falleció en Buenos Aires el 25 de Septiembre de 1896.

"LA CULTURA ARGENTINA"

RICARDO GUTIÉRREZ

Poesías líricas

El libro de las lágrimas. - El libro de los cantos

Con una introducción de
CARLOS MUZZIO SÁENZ-PEÑA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

A MI MEJOR AMIGA

JULIA NÓBREGA DE HUERGO

NOBLE Y GENTIL ESPÍRITU

En testimonio del más leal afecto.

RICARDO GUTIÉRREZ

Introducción

INTRODUCCION

Ya en su oportunidad, el doctor Juan Antonio Argerich, nos refirió, en ameno prólogo a los "Poemas" de Gutiérrez — últimamente editados por "La Cultura Argentina" — anécdotas y recuerdos de la vida íntima del autor de "El Misionero". Existía entre ambos una amistad estrecha y llena de sinceridades que capacitara al doctor Argerich para conocer profundamente a su amigo; y, así nos lo há demostrado aquél en su estudio crítico que precede a "La Fibra Salvaje" y a "Lázaro". Poco nos resta, entonces, que añadir respecto de la vida provechosa que como médico, por una parte, y como cultor de las bellas letras, por otra, viviera el poeta; cuya obra hoy trataremos de comentar someramente.

* * *

Ricardo Gutiérrez llenó, amplia y satisfactoriamente, el propósito que el destino

designara para una vida que, como la suya, estuvo llamada a realizar bellas y humanitarias obras.

Médico y patriota puso sus servicios profesionales a favor de la causa que su patria defendiera e hizo la campaña del Paraguay. Allá, bajo los cielos subtropicales, en las noches largas, en medio del silencio precursor de los combates o en los trágicos momentos que suceden a las batallas, pudo su alma de poeta experimentar las fuertes emociones que tradujera más tarde su pluma. Mas no templó su lira con bélicos sones, ni sus dedos tañeron épicos cantares; su espíritu acariciado por un lirismo cristiano y humanitario, era el menos indicado para cantar la gloria de las armas.

"Yo no canto la muerte dé mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa."

Porque Ricardo Gutiérrez sabía que todos los hombres eran hermanos; los había visto igualados por el sufrimiento, unidos por el dolor, en las camas de los hospitales, y había contemplado en los campos de batalla, cómo

un pequeño montículo de tierra ornado por tosca cruz, cubría a grandes y pequeños, a ricos y pobres.

Amador de lo bello, admiraba la sublime obra de la creación en todas sus manifestaciones. El sentimiento humanitario de confraternidad universal no le abandonaba un instante y le hizo condenar, en sentidas estrofas, la infausta guerra, sembradora de desdichas, que mata los ideales y sepulta las ilusiones.

"¡Ay! el risueño porvenir del mundo
se rompe en cada palmo de batalla."

Piadoso y triste, prefería cantar a los humanos sentimientos que a los vanos placeres de este mundo.

La idea de perfeccionar los conocimientos que tuviera respecto de la ciencia por él practicada, le llevó al viejo mundo. Allá encontró amplio campo para desarrollar esos estudios tan brillantemente comenzados en el Plata. Su estadía lejos de la República, fué simple y exclusivamente material; espiritualmente estuvo siempre unido a su país, pues sus composiciones científicas y literarias leíanse, con harta frecuencia, en los diarios

y revistas de la época. Cuando volvió a su patria, traía en su alforja de lírico peregrino, junto a un volumen de versos, que reflejaban una manera de sentir sana y transparente, un proyecto cuya realización inmortalizara su nombre ligándolo al de los otros benefactores de la humanidad: la fundación del Hospital de Niños, del cual fué, por incontables años, su inteligente y laborioso Director.

A esta benéfica y misericordiosa institución, dedicó Ricardo Gutiérrez, los mejores años de su vida y sus mayores esfuerzos; en ella sembró toda la piedad que guardara su grande corazón, y allí, quizás, adquirió esa profunda tristeza que le acompañó siempre y que en todo momento se reflejara en sus canciones.

"Le veo — dice su amigo, Juan Antonio Argerich — el reloj en la mano escudriñar junto al niño, con sus ojos inolvidables, como mirando lejos, muy lejos, y cerca, muy cerca, a un tiempo, las fuerzas de destrucción. Le veo con su alta figura y perfil mefistofélico, al pasar en el hospital, de sala en sala, entre el respeto, casi religioso de médicos, hermanas de caridad y practicantes,

dejar caer la palabra decisiva, casi siempre, junto al lecho del niño desvalido, el enfermo que más amaba aquel aristócrata del pensar."

Y así, sembrando el bien, llevando a cabo la abnegada obra del médico; prodigando los lenitivos que el cuerpo enfermo requiere, o derramando sus piadosos consejos, bálsamo inapreciable para las heridas que martirizan el alma, Ricardo Gutiérrez no pudo substraerse a las influencias que, en un espíritu sensible como el suyo, debieran ejercer los dolores y las penas de que está sembrado este mundo. Aprendió a sufrir, porque los sufrimientos de la humanidad eran los suyos; y, si es verdad que los cantos de los poetas reflejan el estado de sus almas, la de Gutiérrez fué el alma de un triste.

Hay cierto pesimismo en algunos de sus versos; los que forman la colección de los "Nocturnos", en el "Libro de las Lágrimas", se hallan saturados de tal sentimiento. Y no son éstos los únicos donde el poeta se queja de las muchas amarguras con que nos brinda esta triste vida; el libro que él llama de las "Lágrimas" no tiene más tristeza ni encierra entre sus líneas mayor desaliento

que el de los "Cantos": una misma manera de sentir y de pensar ha guiado la pluma familiar del poeta. Quizás el espíritu cristiano surge más nítido, más cristalino de entre algunas de las poesías que forman la colección de este último libro.

"La Oración", esas estrofas llenas de religiosidad, esa evocación vesperal de la Naturaleza, nos revela a Gutiérrez como a un hombre dotado de una fina sensibilidad de artista. Es en esos versos donde el estilo del poeta se nos antoja menos escaso de vocablos, y más rico en imágenes. No adquieren sus versos, sin embargo, la espontánea y fácil elasticidad que fuera de desear para esclarecer esa profusa sucesión de sensaciones que se atropellan en limitado espacio. Pero; ¿qué importa la austeridad de la forma, la dureza del lenguaje, si la verdadera riqueza poética está en el sentimiento ahondado por una piedad conmovedora y que, a pesar de la escasez de recursos idiomáticos, provoca emociones profundas y envuelve nuestro espíritu en los cendales de una sana poesía?

Las imágenes y giros poéticos se repiten una y varias veces en la misma o diferentes canciones; y es que el bardo, más preocupado

por el intenso sentimiento de su obra que por la vana exterioridad de la forma, se limita a expresar en lenguaje simple, desnudo de artificios y libre de rebuscamientos, lo que su profunda congoja le dicta y aquello en que le hacen soñar sus humanitarios anhelos.

Las bellas estrofas de que está compuesto "El Misionero", alcanzaron la mayor popularidad que un poeta pueda desear para sus composiciones; recitábanse en todas partes y contribuyeron a cimentar la fama que, en aquellos momentos, ya precedía al nombre de Gutiérrez.

Formó "El Misionero", junto al "Cristo" y a "La Hermana de Caridad", una cristiana trilogía en la cual su autor ha expresado, en vigorosa rima, su fe religiosa e inquebrantable en el dulce profeta de Nazareth.

Es en estos tres cantos donde Ricardo Gutiérrez insinúa una tendencia filosófica que no reconocemos en sus otras canciones: no es ya su alma angustiada por las amarguras del mundo la que canta, ni hay en sus estrofas ningún reproche hacia el destino inexorable que nos hace marchar por la extraviada senda; sus acentos no son quejumbrosos

ni se lamenta al evocar las humanas miserias y las mundanas vanidades, como lo hiciera en "El Cadáver", cuyas estrofas parecen haber sido inspiradas en el "Eclesiatés", ese bíblico cantar que, cual espada de Damocles, cuelga del hilo del arrepentimiento sobre la conciencia humana.

Las rimas enérgicas con que ha tejido la canción de "El Misionero" son como eslabones de una cadena forjada por la virtud teologal de un espíritu cristiano; es el bardo transformado en apóstol que canta ahondando filosóficamente la obra redentora del Cristo y ensalzando la sombra tutelar de la Cruz.

Y Gutiérrez, tan humano, tan ligado a este bajo mundo por una ciencia tan material como es la que él practicara, revela, en algunas estrofas de esa canción, sentimientos no excentos de cristiano misticismo.

"la estirpe humana
girando en el perpetuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose a Dios cambia de forma."

* * *

Sus dos hermosos poemas "La Fibra Sal-

vaje" y "Lázaro" cincelaron más que suficiente blasón para que la personalidad poética de Ricardo Gutiérrez se destacara en el florido campo de las letras. Esa lírica inclinación que desde edad temprana comenzara a desbordarse con toda la amplitud que exige una imaginación pletórica de ideas y fecunda de ensueño, floreció en los momentos indecisos de nuestra historia, cuando los ideales democráticos empezaron a ser reedificados sobre las sólidas bases que cimentara el pueblo, poco después de la caída de Rosas.

La poesía de la época mostraba la gran influencia recibida por el romanticismo que nos llegara de Francia y España. Declamábanse con singular entusiasmo las poéticas producciones de Espronceda; y "Las Noches" de Musset encendieron más de una chispa inspiradora del numen de aquellos que, entonces, formaban la pléyade de nuestros poetas entre los que ya se destacaban Olegario Andrade, Guido y Spano, Ricardo Gutiérrez y Carlos Encina — a quien Menéndez y Pelayo recuerda con evidente injusticia en su antología de poetas hispanoamericanos.

Impulsados por excesivo amor patrio, los

unos, por irresistibles tendencias partidistas, los otros, la mayor parte de los poetas de entonces vivía una vida tumultuosa de intensa actividad cívica. Ricardo Gutiérrez fué uno de los pocos hombres de letras que pudieron, en aquel ambiente inquieto, substraerse a la vorágine de las luchas ciudadanas que enardecían los ánimos e incitaban al combate; porque en aquellos días, todos eran combatientes: en libros unos, desde las columnas de la prensa diaria, los más, la pluma de los escritores de entonces estaba siempre lista para defender los ideales de la patria y las aspiraciones cívicas.

Ricardo Gutiérrez no tomó parte activa en ninguno de los muchos actos de trascendencia política o patriótica de aquel tiempo. Entregado de lleno, en cuerpo y espíritu, a la humanitaria obra de aliviar las miserias del mundo, curando a los niños y protegiendo a la infancia desvalida, el resto del tiempo lo dedicaba a cantar sus tristezas y sus esperanzas.

Y lo hizo con alma de artista, con el entusiasmo desbordante de un espíritu sano. Cantó como le dictara su corazón, esclavo de las emociones, libre y espontáneamente, sin

detenerse en medio del camino por donde le hiciera vagar su inspiración. Por eso sus versos perdurarán, no se olvidarán jamás, serán "siempre frescos y siempre nuevos" porque están saturados del perfume exquisito que presta la sinceridad.

C. Muzzio Saenz-Peña.

Enero de 1916.

El libro de las lágrimas

I

LA SOMBRA DE LOS MUERTOS

Llamé a la puerta del que fué tu amigo
y se apagó la voz en mi garganta
porque no habita tu recuerdo triste
en medio de la orgía y de la danza.
Mas, allá vamos,
—dije a mi alma:—
¡la sombra de los muertos
no tiene amigos en la tierra ingrata!

Llamé a la puerta de tu amor primero
y lleno de dolor volví la planta
porque la mano de tu amante misma
la frente de otro esposo acariciaba.
Mas, allá vamos,
—dije a mi alma:—
¡la sombra de los muertos
no tiene amor sobre la tierra ingrata!

Llamé a la puerta de tu hogar paterno
y se cayó mi mano de la aldaba:
¡ay, donde el ruido del festín resuena
no habita la memoria del que falta!
Mas, allá vamos,
—dije a mi alma:—
¡la sombra de los muertos
no tiene hogar sobre la tierra ingrata!

En el pálido día de difuntos
crucé junto a una huesa abandonada
y doblando en su musgo la rodilla
levanté con tu nombre mi plegaria.
¡Ay! no te arranques,
—dije a mi alma:—
¡la sombra de los muertos
sólo en la piedra del sepulcro se halla!

II

EL ULTIMO ADIOS

Angel de mi terrestre paraíso,
estrella de mi noche funeraria,
arrullo de mi sueño desolado,
música de mi selva americana,
        tórtola triste
        como una lágrima,
    sombra de mi reposo,
¿a dónde irá tu alma sin mi alma?

Inspiración divina de mi espíritu,
impulso de mi carne fatigada,
atmósfera celeste de mi vida,
rumbo de mi existencia solitaria,
        mitad errante
        de mi esperanza,
    ya no te ven mis ojos:
¡allí quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
pupila de mis ojos arrancada,
caricia de mi madre enternecida,
descanso del naufragio y la batalla,
templo caído
de mi plegaria;
en la tierra, en el cielo,
¿a dónde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
sola como el desierto de la Pampa,
mustia como los sauces del sepulcro,
triste como la última mirada;
como un sollozo,
como una lágrima,
así quedó tu alma sin la mía;
¡así quedó mi alma sin tu alma!

III

LAS DOS ALMAS

Huérfana como el águila del cielo,
errante como el céfiro del alba,
triste como el destierro del proscrito,
sola como la flor de la montaña,
        como el lucero
        de la mañana,
así vivió tu alma sin la mía,
así vivió mi alma sin tu alma!

Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
como el mar y la onda de sus aguas,
como el canto y el eco de su canto,
como el sol y la lumbre de sú llama,
        como los ojos
        y la mirada,
así se unió tu alma con la mía,
así se unió mi alma con tu alma!

Sobre la tierra de extranjeras olas,
bajo el cielo sublime de la patria,
en las risueñas horas de la dicha,
en la noche fatal de la desgracia,
como dos ruedas
como dos alas,
no se apartó tu alma de la mía,
no se apartó mi alma de tu alma!

Cuando el tremendo golpe de la muerte
la misma tierra a nuestros cuerpos abra,
tu alma en sus alas alzará mi vida,
mi alma la tuya subirá en sus alas
hasta ese mundo
de la esperanza,
patria inmortal de tu alma y de la mía,
patria inmortal de mi alma y de tu alma!

IV

LA VIDA Y LA MUERTE

Como la estrella errante de los cielos
que en los espacios infinitos vaga
y al tocar en la atmósfera del mundo
cae en él luminosa y abrasada,
        así en su atmósfera
        tocó mi alma,
y así encendida en el amor sublime
como una exhalación cayó a su planta.

Mi carne es el satélite que gira
en torno de su órbita abrasada;
mi espíritu es la nota que, en su acento,
como un acorde de los cielos canta.
        Siento de hinojos
        caída el alma,
ante el altar que a su divina imagen
en cada golpe el corazón levanta.

Con el supremo resplandor del genio
avasalló mi vida en su mirada;
con la magia inmortal de la belleza
inundó el ideal de mi esperanza.
La carne trémula,
trémula el alma,
bajo su pie de arcángel luminoso
al dulce son de sus cadenas cantan.

En el horror sublime de la duda
mi corazón estremecido calla
y su latido mi esperanza aterra
como un redoble que a la muerte llama.
El alma mía
no es ya mi alma,
y la visión de la suprema dicha
como su propia decepción la espanta.
. . . .
Da fuerza ¡oh Dios! al alma de tu hijo
que en el naufragio del amor batalla,
para mirar la cumbre de los cielos
o el espantoso abismo de la nada.

V

LA BATALLA

Como el horror de la tormenta oscura,
como el embate de la mar alzada,
como el estrago y la fatiga inmensa
de la feroz batalla,
las horas son de la existencia mía
que el sol del cielo alumbrará mañana.

Amor, inmenso amor que entre su seno
como un delito el corazón ahogaba,
ya te llevó mi labio estremecido,
ya te llevó a su alma...
Fuiste como el lamento del esclavo
que hasta el oído del Señor alcanza.

Tú me nombraste con tu voz amiga,
tú llevaste a mis ojos tu mirada,
tú pusiste en contacto de mi carne
la carne de tu palma;

¡ah, yo no tengo el corazón inerte
bajo las piedras de la tumba helada!

Alma gentil, espíritu sublime
que alientas en la esfera de mi alma,
voy al impulso, sobrehumano impulso
que en pos de ti me arrastra;
a precio de tu amor, no hay en la vida
rémora ni dolor para mi planta.

No sé qué insomne y misterioso acento
a mis oídos sin cesar te llama,
no sé qué genio ante los ojos míos
tu sombra me levanta:
allá voy, allá voy tras el impulso
que a tu existencia mi existencia enlaza.

Ni sé si piso en esperanza ajena,
ni en vida mía ni existencia extraña:
¡qué importa! sé que sobre el mundo sigo
la huella de tu planta,
sola ambición de una existencia errante
en el desierto de la tierra ingrata.

¡Ah miserable corazón humano!
por fin a tierra de combate saltas.
Yo te alzaré junto a su seno mismo,
yo te alzaré mañana.

Amor, inmenso amor; a precio tuyo
nada en el mundo a detenerme alcanza.

Como el horror de la tormenta oscura,
como el embate de la mar alzada,
como el estrago y la fatiga inmensa
de la feroz batalla,
las horas son de la existencia mía
que el sol del cielo alumbrará mañana.

VI

LA ULTIMA CITA

Aquí sobre la tierra del sepulcro
donde la sombra de los muertos vaga,
donde valora el alma estremecida
el tesoro inmoral de la esperanza,
        el alma tuya
        juró a mi alma
la fe sublime del amor primero
que mi existencia a tu existencia enlaza.

Acuérdate que el eco de las tumbas
repitió tu promesa y tu palabra
que en el sollozo de la brisa errante
volaron hasta el cielo que nos llama,
        desde tu labio
        que yo besaba,
espíritu sublime de la tierra,
espléndida deidad de carne humana.

Cuando el helado soplo de la muerte
apague de mis ojos la mirada
y sólo quede de mi carne fría
el polvo vil que pisará tu planta,
¡ay! aquí, mismo
donde hoy me amas
el alma mía esperará la tuya
para volar al cielo entre sus alas.

VII

EL JURAMENTO

Llamo a su puerta, y en vano...
otro golpe... ¡Santo Dios!
no me responde su voz
ni viene a abrirme su mano...

Y su labio estremecido
me habló, al partir, de esta suerte:
"—¡Tan sólo alcanza la muerte
donde no llega el olvido!"

Llamo... y el eco retumba
en su morada desierta:
¡ah! me parece esta puerta
la lápida de una tumba.

Negro como el firmamento
en esta noche sin calma,

oprime, oprime mi alma
un fatal presentimiento...

—Dime, monje peregrino
que huyendo del vendabal
guarecido a ese portal
descansas en tu camino,

¿vieron tus ojos salir
un féretro de esta puerta?...
(¡Ay! tan sólo estando muerta
no pudo escuchar y abrir!)

—¿Féretro? no, no ha salido;
una sombra entrar miré:
—¡La muerte!
—El olvido fué;
¡que ausencias causan olvido!

—¡Adiós, primera ilusión!
dame tu brazo, ermitaño;
el peso del desengaño
me anonada el corazón.

Y en sus palabras mentidas
¿a dónde huyó mi consuelo?
—Adonde posan su vuelo
las ilusiones perdidas.

¡Oh! bien haya el sentimiento
que te enseña a comprender
que palabras de mujer
son humo que lleva el viento.

VIII

EL CAMPO SANTO

¡Oh! cuando el surco de mis pies errantes
sobre la tierra de los muertos pasa
y al través de una nube de tristeza
fijo sobre las tumbas la mirada,
        como una piedra,
        como una lápida
me oprime el corazón desfallecido
la verdad ¡ay! de la miseria humana.

Allí se abruma la existencia mía,
allí su golpe el corazón desmaya,
allí me cierra la opresión el pecho
y allí un sollozo la ansiedad me arranca:
        allí se abate
        sobre mi palma
la frente llena del pesar que anubla
el último fulgor de la esperanza.

¡Silencio y soledad! Campo de muertos,
aquí los labios para siempre callan
y con eterna y enlutada cifra
sólo la piedra de las tumbas habla.
¿Qué es lo que dice
su negra página?
"Aquí yace... aquí duerme... aquí reposa"
¡Adiós, última luz de la esperanza!

Duerme bajo la sombra de mi angustia
y entre el silencio de mi vida calla;
duerme, sola verdad de la existencia,
bajo el disfraz de una sonrisa falsa.
Que no te lean
tras de una lágrima
los ojos de la madre enternecida,
los ojos ¡ay! de la mujer amada.

IX

EL CUERPO Y EL ALMA

Sobre los llanos de la tierra mía,
sobre los montes de la tierra extraña,
sobre el abismo de la mar inquieta,
sobre el fúnebre campo de batalla,
        como una sombra,
        como un fantasma,
¡ah! siempre lejos de tu hogar querido
la tromba de la vida me arrebata.

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mío de tu cuerpo aparta,
la senda tuya de mi senda borra,
la vida mía de tu vida arranca,
        y lejos hunde
        y lejos alza
el rumbo sin oriente de mi huella,
el paso sin reposo de mi planta.

Sobre la tierra de la patria tuya,
sobre la roca de la tierra extraña,
sobre las ondas del desierto amargo,
sobre el campo sin Dios de la matanza,
        como los cielos
        y la alborada
siento en el alma la existencia mía
ligada a la existencia de tu alma.

Parece que la fuerza del destino
el cuerpo mío de tu cuerpo arranca;
parece que el Señor ató en la vida
        tu alma con mi alma.

Y él cuerpo errante sobre el mundo inmenso
sigue la maldición que le arrebata,
y el alma dolorosa y abatida
a tu desierto espíritu se amarra.

X

LAS DOS PLEGARIAS

Te ví con ropas de dolor vestida
a los pies del altar arrodillada,
y la mirada, celestial mirada,
con llanto de piedad humedecida.

Tu voz, como la brisa solitaria
que en la oración por el desierto gime,
sollozante, dulcísima y sublime
levantó bajo el cielo tu plegaria.

¡Ah! tú rogabas con fervor profundo
por la paz de los muertos que te amaron,
por un reposo que en el mundo hallaron
dos palmos ya bajo la faz del mundo.

Entonces ¡ay! mi espíritu abatido
con el insomne afán del desconsuelo,

miró una noche oscurecer su cielo,
negra como el crespón de tu vestido;

y mi voz sollozante y funeraria,
rota contra las ondas del ambiente,
volcó sobre mi labio balbuciente
el inmenso dolor de esta plegaria:

—¡Ah! tú no ruegas por aquel que cruza
la tierra propia como tierra extraña,
rodando en la tormenta de la vida
sin hogar de reposo en su jornada,
        como las hojas
        que el viento arrastra:
¡Oh! ruega por aquel que busca sólo
su día de descanso en la batalla.

¡Ay! tú no ruegas por aquel que habita
el tenebroso abismo de su alma
agitado en las horas de su sueño
por el pesar que se alzará mañana,
        como la muerte
        que el reo aguarda:
¡Ah! ruega por aquel que nada espera
en el mundo feliz de tu esperanza.

Su amor es prenda del amor ajeno,
su vida es sombra de la vida extraña,

y el porvenir de la existencia suya
como huracán que en el desierto avanza
bajo la noche
desamparada:
¡Oh! ruega entonces por aquel que sólo
como un espectro sobre el mundo pasa.

En tí la tierra mi esperanza lleva,
en tí los cielos mi esperanza guardan,
y ya en el mundo y en el cielo mismo
te perdió sollozando mi esperanza,
como un lamento,
como una lágrima:
¡Ah! ruega entonces por aquel que sólo
no duerme bajo el polvo de tu planta.

XI

¿NO HALLA MAS, HERMANO MIO?

—¡Ah, con qué fervor profundo
oras en tu fe sincera!...
parece que Dios oyera
las plegarias de este mundo.

No aflijas con sentimiento
tu corazón, pobre hermana;
que toda palabra humana
es humo que lleva el viento.

—Fué que de un consuelo en pos
el pesar que me va ahogando
trajo mis ojos, llorando,
sobre este libro de Dios.

En él mi dolor se acalla
y sonríe mi amargura,

porque dice la Escritura
que todo el que busca halla.

—Halla... que la vida es,
desde el sepulcro a la cuna,
áspera senda importuna
que despedaza los pies.

Halla una fuente de llanto
tras de toda sensación
y en pos de cada ilusión
un horrible desencanto.

Porque el hombre sólo es
miserable presidiario
que camina entre un sudario
con un grillete a los pies.

—¡Ay! lo que diciendo vas,
mi corazón deja frío...
¿no halla más, hermano mío?...
—No halla más.

—Mira que es Dios quien escribe
en este libro sagrado...
tú no le habrás suplicado,...
porque quien pide recibe.

—Recibe... la maldición
que para el hombre se anida
en cada fuente de vida
donde toca el corazón.

En vano con hondo afán
pide un instante de calma...
¿Sabes, alma de mi alma,
lo que en el mundo le dan?

Dolor en la juventud,
angustias en la niñez,
pesares en la vejez
y olvido en el ataúd.

—¡Ay! lo que diciendo vas
mi corazón deja frío...
¿no halla más, hermano mío?
—No halla más.

—¡Cielos! me llena de espanto
tu inmenso dolor profundo.
Es que tus ojos el mundo
miran a través del llanto.

¿Ignora, hermano, quizá
tu alma triste y desierta,
que hay en el cielo una puerta,
y al que llama se abrirá?

—Como fiera perseguida
por el montero inhumano,
va corriendo el ser humano
la derrota de la vida.

Y en todo el surco de tierra
que va con sangre regando,
puerta a puerta va llamando
y puerta a puerta se cierra.

Y al fin, cuando se derrumba
con la carne rota y yerta,
¿sabes la que encuentra abierta?...
¡ay! ¡la puerta de la tumba!

—Partiéndome el alma vas
con tanto dolor impío...
¿no halla más, hermano mío?
—No halla más.

XII

EL REMORDIMIENTO

Cuando en las horas del placer mundano
súbita palidez tu frente asalta
y se hiela en tu labio la sonrisa
y estremecido el corazón se para,
        ¡ah! no es un vértigo
        lo que te embarga...
Yo sé que es un fatal remordimiento
que despierta en el fondo de tu alma.

Cuando resuena el toque de oraciones
y en triste soledad el mundo calla,
qué fúnebre clamor tu oído hiere,
que con la mano trémula le apartas?
        No es el tañido
        de la campana...
Yo sé que es un lamento de ultratumba
que resuena en el fondo de tu alma.

Cuando la estrella vespertina asoma
y un rayo melancólico te manda
y bajo el techo del hogar paterno,
te refugias llorosa y aterrada,
¡ay! no es su rayo
lo que te abrasa...
Yo sé que son dos ojos espirantes
que miran hasta el fondo de tu alma.

Cuando en las horas de la noche negra,
llena de horror sobre tu lecho saltas
y fuera de las órbitas tus ojos
por las tinieblas aterrada lanzas,
¡ah! no es un sueño
lo que te asalta...
Yo sé que es una mano del sepulcro
que asida a tus cabellos se levanta.

No cruces por la tierra de los muertos
cerca de aquella losa solitaria,
que al retumbar el paso de los vivos.
al impulso de un cráneo se levanta.
¡Allí te esperan,
allí te llaman!...
Yo sé que es un espectro que te sigue
amarrado a la sombra de tu planta...

XIII

CAIN

Cuando el destino levantó tu frente
sobre las olas de la vida humana,
como la sombra de tu padre mismo
sentí mi corazón que se agitaba:
¡oh! más querida que mi gloria toda
me fué la gloria de tu vida ingrata.
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma.

Cuando la recia tempestad del mundo
al borde del abismo te arrastraba,
¿sobre qué seno descansó tu frente?
¿quién como sombra se amarró a tu planta
y para todo el porvenir sombrío
fundió su suerte con tu suerte ingrata?
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma.

¡Ah! y esa mano que estrechó mi mano
hoy en el seno su puñal me clava!
¿Por qué los desencantos de la vida
con la existencia la ilusión no matan?
¡Oh! más me duele que mi herida inmensa
la mancha sola de tu frente ingrata.
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma.

Para subir un palmo de la tierra,
sobre mi corazón pisó tu planta.
Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?...
ya no responde tu memoria ingrata...
¡Ay del que un tramo de la tierra sube,
porque otro tramo de los cielos baja!
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma.

Con el cariño de mi madre misma,
con la ilusión de la mujer amada,
con el puñado de bendita tierra
que cubrirá mis restos en la patria,
a la puerta del cielo compraría
lo que a tu ingrato corazón le falta.
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de mi alma.

¡Adiós! sobre el océano de la vida
sigo la ola que de tí me arranca.
¡No! ya no hay fuerza que a juntar alcance
la mano mía con tu mano ingrata:
¡adiós y nada más!—mi voz se ahoga:
cuando habla el corazón el labio calla.
Pregúntalo al Señor, que está leyendo
el fondo de tu alma.

XIV

LA PATRIA DEL ALMA

¿Adónde estás escondida,
patria que en un sueño hallé?
¿Cuándo tocará mi pie
en tu arena bendecida?

¡Veinte años de marchar
desterrado y vagabundo!...
¡Te busco por todo el mundo
y no te puedo encontrar!

Este suelo es suelo extraño;
acaso perdí mi huella:
voy a preguntar por ella
al monte del ermitaño.

—¡En el nombre del Señor!...
—¡El te guarde, peregrino!

—¿Dónde lleva este camino?
—Al torrente bramador.

—¿Y sabes dónde hallaré
el rumbo que voy buscando?...
—¿A qué tierra vas viajando
para reposar tu pie?

—Busco la patria del alma,
del mundo grato solaz,
adonde se vive en paz,
adonde se muere en calma.

Donde no habita traición
y el hombre es del hombre hermano
donde no se alza la mano
para herir el corazón.

Allí, donde el alma ardiente
por los afanes postrada,
halle la dulce mirada
de una mujer inocente.

Donde logre reposar
el hombro sobre su seno,
sin que un trago de veneno
le alcance ella al despertar.

Donde se pueda verter
este raudal de cariño
que desde la edad de niño
luchando está por romper.

Allí, donde la esperanza
no es un sueño de mentira;
donde a los cielos se mira
y una promesa se alcanza.

Allí, en fin, donde al morir
este mísero gusano,
tocando una amiga mano
pueda al menos sonreir.

—¡Desdichado peregrino!
¿y dices que vagabundo
has cruzado todo el mundo
buscándola en tu camino?

—Era niño en la mañana
cuando de mi hogar salí;
y hoy... ¡miserable de mí,
traigo la cabeza cana!

Unicamente encontré
perfidia, traición y guerra
en cada palmo de tierra
donde ha tocado mi pie...

—Tienes la pupila abierta
y aún el cielo se te esconde...
mira, insensato, y responde:
¿has llamado a aquella puerta?

—Y esa puerta ¿dónde guía?
—Bajo tu paterno hogar...
—¡Ay! ayúdame a llamar...
¡madre mía!... ¡madre mía!...

—Esa es la patria del alma,
único y grato solaz;
¡sólo allí se vive en paz!
¡sólo allí se muere en calma!

XV

LA SOMBRA DE LA ILUSION

—Detente; imbécil; ¿no ves
que te arrojas a la muerte?...
Baja los ojos y advierte
el antro que hay a tus pies.

—¡Santo cielo, qué profundo!
Negras sus bóvedas son...
—¡Ah! parece el corazón
de los que habitan el mundo!

Y en tu insensata caída
¿de qué azote vas huyendo?
—Iba corriendo, corriendo
tras de una ilusión perdida.

Desde aquel monte creí
ver su forma placentera

en el humo de la hoguera
que tú has encendido aquí.

—¡Ay! no cupo en tu contento
que en la tierra iguales son
el humo de la ilusión
y el humo que lleva el viento.

—Ya la fatiga quebranta
mi cuerpo desfalleciente,
traigo abrasada la frente
y hecha pedazos la planta.

¡No importa! yo seguiré
hasta otro mundo tras ella,
por una escondida huella
que ha de alumbrarme la fe.

Allí donde el corazón
no encuentra causa de llanto,
allí donde el desencanto
no es sombra de la ilusión.

—Sigue entonces, peregrino,
llevando mi adiós postrero,
¡ah! porque ningún viajero
se vuelve de ese camino.

—¡Por piedad! ¡Dime cuál es!
—Le estás pisando tú mismo...
—¡Cielos! ¡el inmenso abismo
que abre la tierra a mis pies!

—Tan sólo allí el corazón
no encuentra causa de llanto;
tan sólo allí el desencanto
no es sombra de la ilusión.

XVI

GIRON DE BANDERA

¡Ah, cómo el alma de dolor se cierra
cuando le arrancas su ilusión dichosa!
Lástima que entre carne tan hermosa
ni una chispa de espíritu se encierra.

Turbios los ojos con el llanto siento,
¡ah! pero es fuerza que te diga adiós.
¡Adiós! La inmensidad del sentimiento
no se alimenta de materia, ¡no!

Y aunque mi vida de dolor estalla
viéndote nada más que una quimera,
te amo como al girón de la bandera
destrozada en el campo de batalla.

XVII

EL TALION

El implacable azote del destino
hundió tu frente y asoló tu alma.
¿Ves?... el que a hierro mata a hierro muere:
Esa es la ley de la existencia humana.

No llores más. La angustia de tu vida
ni el llanto borra ni el olvido arranca:
sin remedio también, como la muerte,
brota sobre la tierra la desgracia.

El miserable afán que te devora
es el dolor que el corazón desgarra
cuando a la triste realidad del mundo
se derrumba el hogar de la esperanza.

¡Ay del que ya sin la ilusión celeste
por el desierto de la vida pasa,

como un espectro que abortó el sepulcro,
en borrascosa noche solitaria!

A todas partes el dolor le guía,
a todas partes la ilusión le llama,
y el demonio implacable del recuerdo
el sueño de sus párpados aparta.

Adonde lleva los sombríos ojos
el triste hogar de su ilusión levanta,
y el triste hogar de su ilusión perdida,
onda tras onda sobre el llanto pasa.

Donde toca su pie pisa en desierto;
no encuentra más que noche su mirada;
es que esa sombra y soledad eternas
habitan en el fondo de su alma.

Esa es la tromba que tocó tu frente
y al seno del abismo te arrebata;
allí donde el gusano de la tierra
el miserable corazón taladra.

¡Ay! por eso el azote del destino
hundió tu frente y asoló tu alma.
¿Ves?... el que a hierro mata a hierro muere:
esa es la ley de la existencia humana.

XVIII

LA MUJER IDEAL

—¿Qué buscas con tanto afán
en la turba del gentío?
¿tras qué fantasma, hijo mío,
tus ojos girando van?

—Padre, tras del sol que ayer
mis sueños ha iluminado,
tras de un ángel que ha bajado
en figura de mujer:

tras de aquel ser ideal
que busca el alma afligida,
único bien de la vida
sobre esa tierra mortal.

—Dame las señas de ella
para poder encontrarla,

yo te ayudaré a buscarla
al resplandor de tu estrella.

—Su alma... ¿quién la verá?
—Al menos su nombre dime.
—Padre, aquella alma sublime,
sobre sus ojos está.

—¿Y es constante, más constante
la fe de su sentimiento
que el rumbo que lleva el viento
o que el rubor del semblante?

—¡Oh! tan inmensa ternura,
tan sublime abnegación,
tanta fe, tanta ilusión
abriga su alma pura;

que en ella encerrada está
la dicha que en su desvelo
hasta la puerta del cielo
el hombre buscando va.

—¡Santo Dios, la misma es!
—¡Cielos, qué escucho! ¿la hallamos?
Corramos, padre, corramos
sin dar reposo a los pies.

¿Dónde moras, alma mía,
tan lejos del que te ama?...
—En un país que se llama
mundo de la fantasía.

—¿Y acaso con los reflejos
del sol de hoy se llega allí?
¡Qué lejos es, ay de mí!
—¡Más lejos que el sol, más lejos!

—¿Cuándo entónces llegarás?
—Cuando arda el agua del río.
—Y cuándo arde padre mío?
—¿Sabes cuando arde?... ¡jamás!

XIX

EL ULTIMO ASILO

—¿Qué buscas con tanto afán
en el seno de la tierra?
¿Qué inmenso tesoro encierra
la falda de ese volcán?

—¿Tesoro? ¿No ves que lloro
sobre la tierra partida?
¡Ah, qué cosa de la vida
puede llamarse tesoro!

—Me das pena, pobre anciano;
siéntate aquí a descansar,
yo te ayudaré a cavar
con el vigor de mi mano.

—¡Oh! ¿qué extraña criatura
eres, niño vagabundo,

que te dueles sobre el mundo
de la ajena desventura?...

Esconde tu compasión
como un crimen, hijo mío,
para que este mundo impío
no te labre el corazón.

—El alma llena de espanto
al escucharte se cierra:
¡qué horrible cosa es la tierra
a través del desencanto!

¿Dónde entónces viviré
que no halle miseria tanta?...
—Donde no pise otra planta
que la planta de tu pie.

—Ven, ayúdame a rasgar
las entrañas de la tierra;
aquí voy bajo esta sierra
mi corazón a ocultar.

—¡Detén, infeliz, las manos!...
tu inmenso dolor no advierte
que le arrojas de esta suerte
al hambre de los gusanos.

—¡Ay! con dolor más profundo
sentirás llorando un día,
otra plaga más impía
que le devora en el mundo.

¿Qué más dolor puede haber,
miserable ser humano,
en que lo coma un gusano
o lo rasgue una mujer.

—¡Me estremeces!... ¡Santo Dios!...
cavemos, padre, cavemos,
y en esa tumba enterremos
el corazón de los dos!

XX

LA VICTORIA

¡Ah! no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla;
que has partido la frente de tu hermano
con el maldito golpe de la espada.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas callan...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?
¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío
en la caída de los hombres canta.

Yo no canto la muerte de mi hermano;
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que su sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa.

XXI

LOS EXPOSITOS

¡Oh! cuando el beso de tu madre tierna
te dé la bendición de la mañana
y te acaricie el alma soñolienta
con el inmenso amor de su mirada,
        acuérdate de aquellos
que madre sólo a su nodriza llaman.

Cuando en el seno de tu padre escondas
la frente juvenil desesperada
y bajen como bálsamo del cielo
a consolar tu angustia sus palabras,
        acuérdate de aquellos
que lloran ¡ay! en su desierta almohada.

Cuando a la mesa del hogar paterno
el pan de Dios con tus hermanos partas
bajo la aureola de la frente noble
que con sus gotas de sudor le gana,

acuérdate de aquellos
que el vil mendrugo de limosna guardan.

Cuando a la puerta del hogar paterno
vuelvas de la fatiga y la batalla
y entre los brazos de tu madre sientas
desfallecida de ternura el alma,
acuérdate de aquellos
que arrojan ¡ay! tras de la puerta extraña.

Cuando en la noche hasta los cielos sube
con los nombres paternos tu plegaria
mientras que el son del maternal arrullo
aduerme como tórtola tu alma,
acuérdate de aquellos
que en vano el nombre de sus padres llaman.

Y cuando el llanto de tus ojos tristes,
(ya para siempre oscurecida el alma),
riegue la sombra de la cruz bendita
que al pie de su sepulcro se levanta,
acuérdate de aquellos
que ni la tumba de sus padres hallan.

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma,
y sobre el humo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza.

XXII

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
dormido en tu regazo, madre mía,
sobre mi frente pálida sentía
el beso de tu amor, sublime y tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
como un eco del cielo desprendido,
anidaba su música en mi oído
para arrullar mi insomne pensamiento

Soñé que tu dulcísima mirada
mis ojos ¡ay! acariciando abría;
y al levantar los párpados, veía
el rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
rizó por mí tu venerable frente,

como clara y purísima corriente
besada por el soplo de la brisa.

Soñé... mas, ¡ay! que al despertar del sueño
me hallé muy lejos del hogar amado
y tan sólo en mi espíritu grabado
tu semblante purísimo y risueño.

¡Ah! yo soñaba despertar contigo,
madre de mis hermanos, madre mía,
y me hallé que en un páramo dormía
bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo
y besando tus flores perfumadas,
acaso con tus lágrimas regadas,
levanté mi plegaria de consuelo:

—Feliz aquel que al despertar del día,
aunque proscripto del hogar paterno,
encuentre el corazón profundo y tierno
que responda al llamarle: ¡madre mía!

XXIII

LA PENA DE MUERTE

Cuando ya el alma que animó la carne
en los claustros del cerebro encerrada,
sube como la estrella matutina
y en la esfera de Dios posa sus alas;

cuando cernida en la armonía eterna
del infinito amor que a Dios la iguala
ama a los hombres que dejó en el mundo
como al hermano de su hogar amaba,

¡ah! con qué inmensa y horrorosa angustia
gemirá la conciencia desolada
de aquellos que en la vida de la tierra
con ley de muerte al semejante matan.

Ni por toda la gloria de este mundo
ni por la parte que el Edén me guarda
mi mano escribirá mi nombre humilde
al pie de las sentencias de matanza.

XXIV

LOS HUERFANOS

Cuando el estruendo del festín resuena
en torno de tu mesa regalada
y entre las ondas del quemado aroma
el rumor de los brindis se levanta,
        acuérdate de aquellos
que a los umbrales de la puerta llaman.

Cuando en el día de tus padres gires
en el salón de la revuelta danza
y dejes, al pasar, enternecido
el beso de tu amor sobre sus canas,
        acuérdate de aquellos
que sólo al borde de su tumba pasan.

Cuando el concierto de armonioso canto
te arrulle con su música inspirada
y el lujo y el fulgor y la alegría
doblen el espectáculo que embarga,

acuérdate de aquellos
que sólo al ¡ay! de los pesares cantan.

Cuando en las horas de la noche negra
contra tus muros la tormenta brama
mientras en lecho de mullida ropa
junto a los hijos de tu amor descansas,
acuérdate de aquellos
que al sólo amparo de os cielos andan

Y cuando el rayo del albor primero
entre por el cristal de tu ventana
a encender bajo el párpado que duerme
el fuego de la vida en tu mirada,
acuérdate de aquellos
que no despiertan más en la mañana.

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
un rayo de piedad dentro del alma
y sobre el cielo de la tierra triste
el sempiterno hogar de la esperanza.

XXV

LA PATRIA UNIVERSAL

No pises en el campo de combate
con el trofeo horrible de las armas,
y en vez de abrir la carne de los hombres
cierra la herida que los otros abran.

Sonríe a aquel que te llamó cobarde
porque no derramaste sangre humana,
como el divino Salvador del hombre
que espiró en el patíbulo de infamia.

¡Ay! el risueño porvenir del mundo
se rompe en cada palmo de batalla
como las ondas del torrente inmenso
que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres sólo
por la sangrienta punta de su lanza,

con cada golpe que asestó en la vida
allá en la eternidad su tumba cava.

Patria es palabra de ambición y guerra:
si te oyes preguntar: "¿cuál es tu patria?"
dirige al cielo tu inocente mano
y la infinita bóveda señala.

XXVI

EL CADAVER

Sí; todo es vanidad, todo es mentira,
todo es dolor en la existencia humana,
porque la vida de la tierra triste
no es más que el paso a la inmortal jornada.
        ¡Ay! del que al mundo
        su dicha amarra...
El cadáver del hombre es el sudario
donde a la eternidad la vida pasa.

Sí; todo es ilusión, todo es delirio;
sólo es verdad la voz de la esperanza
con que en el corazón cada latido
a la esfera de Dios la vida llama.
        Sólo es eterna,
        eterna el alma:
el cadáver del hombre es el sudario
que a la inmortalidad la vida salva.

Allí ya para siempre, para siempre
unió el Señor mi alma con tu alma
que la existencia fúnebre del mundo
separó con estúpida muralla.
        ¿Qué es ya en la tierra
        la angustia humana?
El cadáver del hombre es el sudario
donde a la eternidad la vida pasa.

La luz celeste de la fe sublime
me alumbró el universo en tu mirada:
he visto a su fulgor la vida eterna;
me ha tocado el Señor con la esperanza.
        ¡Ah, y en mis ojos
        no hay ya más lágrimas!...
¡Oh, pasajera muerte de la tierra,
cúbreme con la sombra de tus alas!

XXVII

LA PROPIEDAD

Esta es mi propiedad, dijo el magnate,
y señaló un espacio de la tierra:
la costa de la mar es costa mía,
esa montaña es mi heredad paterna:

los pinos seculares de su falda,
el salvaje torrente que los riega,
todo es por siempre mío, todo es mío;
soy tu Señor, aquí, Naturaleza...

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra,

allí a los pies de la montaña enorme
que llamó un día su heredad paterna;
a la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera.

XXVIII

LA VEJEZ

Pálida estrella vacilante y sola
que bajas con tus últimos destellos
al infinito rumbo de occidente.
¡Oh tranquila vejez! ven a mi frente
con la noble aureola
de tus blancos cabellos.

XXIX

METEORO

Fué la celeste imagen de la dicha
que rozó la existencia con sus alas,
el corazón se resignó a perderla
y levantó una cruz en su esperanza.
        Fué como un astro
        que errante pasa:
dejó un surco de luz en la memoria
y se perdió en la noche desolada.

XXX

A INES

¡Ah! no sonrías a mi frente triste;
yo no puedo volverte tu sonrisa,
porque la sombra de un fatal recuerdo
obscurece mil alma combatida.

¿Quiéres saber este dolor secreto
que envenena la fuente de mi vida?...
¿Y por qué buscas penetrar la pena
¡ay! que no puedes consolar tú misma?...

No es el amor, no es la ambición ni el odio,
no es el dolor de una ilusión perdida
lo que hace que aborrezca mi pasado
y mi presente sin cesar maldiga.

Es la tristeza fúnebre incesante,
que arrastraba el hebreo fratricida.

Es el dolor que con igual desprecio
la muerte espera y la existencia mira.

Es este hastío fúnebre que anubla
las miserables horas de mi vida,
y en cada paso de la tierra surge,
bajo la luz de tu mirada misma.

A través de las zonas más distantes
sigue sin tregua la mirada mía
ese azozte de mi alma, este demonio
que en mi desierto corazón habita.

¡Oh; cuántos otros al placer se entregan
y buscan delirantes a porfía
los miserables goces de la tierra
que desprecia mi alma combatida!

¡Oh! puedan ellos disfrutar al menos
el seductor encanto de esa dicha
sin despertarse nunca de su sueño...
a este hastío infernal de mi vigilia.

Mi suerte es caminar sobre la tierra
a través ¡ay! de diferentes climas,
por el fatal recuerdo perseguido
que envenena las horas de-mi vida.

Y el único consuelo de mi angustia
es saber ya que en la existencia mía
sufrió mi corazón lo más terrible
de todos los pesares de la vida.

¡Lo más terrible!... ¿Qué es lo más terrible?
¡Ah! no me lo preguntes, alma mía!
No lo sabrás jamás. Calla, no llores;
muestra otra vez tu angélica sonrisa.

Sí, sonríe otra vez, sonríe siempre
como en la noche cuando así me miras,
y no pretendas penetrar un alma
donde sólo el infierno encontrarías.

XXXI

IMAGEN

No sé qué luz suavísima y serena
iluminó la senda que pisaba;
no sé qué brisa de celeste aroma
me inundó con su onda perfumada.

No sé qué impulso de invencible fuerza
me llamó deteniéndome en mi marcha,
y alcé la frente que en ausencia suya
anubla la tristeza con sus alas.

¡Oh Dios! Era ella misma, que a mi lado
entre el gentío mundanal cruzaba.
Nos miramos los dos, y una sonrisa
acarició en los labios nuestras almas.

Parecía el lucero vespertino
que en la oración del mundo se levanta;

parecía la estela de las olas,
parecía el crepúsculo del alba.

Pasó, cruzó; mis ojos la siguieron,
hasta perderla al fin en la distancia,
hasta hundir en el último horizonte
el reguero de luz que derramaba.

Entonces ¡ay! mi frente oscurecida
cayó como un cadáver en mi palma;
pero al cerrar mis párpados dolientes
tembló mi corazón que desmayaba.

Era el espectro que en los ojos queda
del que alza al sol del cielo la mirada;
a imagen de su espléndida belleza
que deslumbró los ojos de mi alma.

Así ya para verla sin descanso
cierro los ojos y su imagen se alza.
¡Ah! no los dejen, por piedad, abiertos
los que recojan mi última mirada.

XXXII

LIGA

Has llorado por mí... Tu alma noble
quiere darme la dicha en tu desgracia,
y alzando al cielo los hermosos ojos
me has dado tu promesa y tu palabra.

Has llorado por mí, cuando tu vida
es una triste noche desolada,
cuando diera mil veces mi existencia
por ahorrarte una sola de tus lágrimas.

Has llorado por mí... Pues borra el llanto
que tu angélico rostro ayer bañaba.
¡Ah! sólo quiero el sentimiento eterno
que ha ligado en la vida nestras almas.

Aquí no quiero más. Dios desde el cielo
hará acaso feliz nuestra esperanza,

del solo modo que en la tierra puede
realizarse la dicha que nos llama.

Tengo horror del abismo a cuyo borde
mi corazón demente te arrastraba.
No llores más yo compro con mi dicha
la paz y la alegría de tu alma.

No llores más. Confía en Dios y espera;
mientras vive el amor, hay la esperanza;
y sabe sólo que el que en mí se encierra
ni con la muerte morirá en mi alma.

Guarda el misterio que en la tierra triste
une ya nuestro amor como dos alas.
Espera en Dios. No lloren más tus ojos.
¡Espera! ¡que la vida es la esperanza!

XXXIII

ESTRELLA

Hoy en tierra extranjera
vengo a dejar una ilusión querida;
una ilusión dulcísima que era
la mitad de la patria y de la vida.

¡Oh! yo no hallaba sobre el mundo entero,
ni vi jamás brillar en mi camino
más sublime y espléndido lucero
que el del cielo argentino...

Pero las dos constelaciones bellas
que derraman el alma en tu semblante
son más divinas que mi sol brillante
en su infinita bóveda de estrellas.

Porque el sol de los cielos, que en la vida
la creación toda a fecundar alcanza

no hace brillar la lumbre bendecida
que refleja en tus ojos la esperanza:

Feliz de aquel viajero entre viajeros
que fije afortunado en su camino
tus dos bellos luceros
como constelación de su destino.

Yo mientras tanto allá en mi noche bella
no alzaré más mis ojos de mi suelo
porque no están ya allí sino en Marsella
los dos astros más fúlgidos del cielo.

XXXIV

LAMENTACION A LA PATRIA

EL 25 DE MAYO DE 1877

Sobre la inmensa ruina del pasado
me siento a contemplar tu porvenir,
y pulso el arpa que el Señor me ha dado...
para llorarte, tierra en que nací.

Para llorarte con cobarde llanto,
como llora el esclavo envilecido,
como llora tu pueblo, en el espanto
y en la miseria y la vergüenza hundido.

Para que el Sol de tu pasada gloria
el fango alumbre en tu divina frente
y la cobarde pluma del presente
escriba con más lágrimas su historia.

Para que el negro del Brasil, ufano
te muestre a su Señor, como un trofeo,

patria de San Martín y de Belgrano,
hundida bajo el taco de un pigmeo.

Para que el grito de dolor profundo
que rompe tus entrañas, Madre mía,
estalle en mi sollozo y mi elegía
alce por tí la indignación del mundo.

Para que el pueblo mudo que sujeta
ante la fuerza armada sus dolores,
oiga que azota el verso del poeta
el rostro de sus viles opresores.

Los que en sistema de gobierno alzaron
la corrupción, la estafa y el pillaje
y todas tus provincias amarraron
al infame baldón del caudillaje.

Los que a tu pueblo que segó a montones
desde el Plata a los Andes tus laureles,
remacharon el grillo en los pontones
y rompieron el cráneo en los cuarteles.

Los que tu pensamiento amordazaron
escupiendo tu aureola en tu cabeza;
los que en treinta dineros empeñaron
por las calles de Londres tu grandeza.

Los que en siglo de gloria y de batalla
que iluminó ante el mundo tu figura,
te arrojaron de pasto a la canalla
que se partió tu regia vestidura.

Los que para guardar sus vientres llenos
arrastran en tus plazas tus cañones,
mientras que allá en tus Andes, a jirones
te arrancan las entrañas los chilenos.

Los que olvidan que el pueblo americano
que el grito dió de Libertad primero,
ya en Southampton ha escrito este letrero:
¡aquí se pudre mi último tirano!

¡Ah! por eso ante el mundo tus cadenas
hago crugir llorando en mi elegía,
para que salte sangre de tus venas
al rostro de tus hijos, ¡Madre mía!

Para que el grito de mi voz, que alcanza
a los confines de mis patrios llanos,
guarde en los pueblos de mi pueblo hermanos
el fuego de la gloria y la esperanza.

Para mostrar que el sol de tu grandeza
jamás ha de eclipsarse en tus destinos,
mientras que los poetas argentinos
lleven sobre sus hombros la cabeza.

XXXV

LAS DOS PATRIAS

Rugió el abismo del volcán tremendo,
la tierra se rasgó bajo la planta,
templos, cabañas, montes y llanuras
todo en ceniza sepultó su lava.

Campo de soledad, tu hogar paterno,
siembra de escombros tu caída patria;
no vieron más tus espantados ojos
cuando buscó a Mendoza tu mirada.

Sola como la estrella que aparece
tras de la horrible tempestad que pasa,
bajo la inmensa bóveda del cielo
te hallaste sobre el mundo abandonada.

¡Ay! cual la hoja que arrebata el viento
te arrastró el huracán de la desgracia

rodando en la tormenta de la vida
hasta el pálido hogar de tierra extraña.

Como sepulcro el corazón desierto,
como sollozo, estremecida el alma,
llévate bajo el soplo de la muerte
en tu inmenso dolor desamparada.

¡Angel de Dios! yo te encontré llorando
y partí bajo el cielo tu desgracia;
con mis cantares se arrulló tu pena
y amaneciste sonriendo al alba.

Más que el reposo del hogar paterno,
más que el triste recuerdo de la patria,
más que la madre que besó tu frente
mi amor inmenso a consolarte alcanza.

No importa ya que huérfana y errante
cruces sobre la tierra solitaria;
si has perdido una patria sobre el mundo,
has encontrado un mundo entre mi alma.

XXXVI

FRAGMENTO

. . . .

Llevas el corazón entristecido,
virgen del Paraguay, desventurada,
marchando hacia la tierra de tus padres
con el primer fulgor de la esperanza;

hacia la tierra donde el monstruo impío
su trono de cadáveres levanta;
donde jamás el aterrado pueblo
su oprobio infame y su vergüenza lava;

¡ay! donde es sólo la mujer sublime
regalo y patrimonio de una espada,
y la robusta frente de los hombres
miserable cerviz que el yugo arrastra.

Dios te guíe a la tierra de tus padres,
virgen del Paraguay, desamparada,

para besar en su postrer momento
el erizado copo de sus canas.

¡Dios te guíe feliz! Sobre la tierra
¡ah! ¡no es tan sólo tu salvaje patria
la que su día de vergüenza llora
con la frente en el polvo degradada!

¡Adiós, adiós! mi corazón se oprime
con la ansiedad secreta de tu alma,
y abrir quisiera con su sangre toda,
senda de flores donde va tu planta.

Mi corazón, mi corazón sombrío
que entre la cárcel de su seno estalla
y sólo debe para tí ser mudo
como tumba infeliz de tierra extraña.

¡Adiós! En cambio, mi perdida huella
entre los rastros de la hueste marcha
que abrirá con su pecho y con su vida
puerta de libertad para tu patria.

¡Ay! sólo pido que tus ojos bellos
humedezcan la tierra ensangrentada
sobre el camino polvoroso y triste
que hasta la puerta de tu hogar alcanza.

. . . .

—El alma bella y grande
el foco busca de la eterna lumbre
y en la región de lo inmortal se espande,
cernida, como el águila, en la cumbre.

—El alma grande y bella
prueba el dolor con que la vida azota
al humano destino,
y cruza su huracán, como la estrella
que va asomando a trechos del camino
por los jirones de la nube rota.

XXXVII

LAS DOS TORMENTAS

En el viaje de la vida
bajo un huracán tamaño,
con el alma estremecida,
llamé a una puerta escondida
la noche del desengaño.

¡Oh! jamás sobre mi frente
tanto horror hallé a mi paso,
ni vi romper juntamente
una tormenta en oriente
y otra tormenta en ocaso.

¡Qué intenso frío arrastraba
el huracán al correr!
¡Qué horrible sombra reinaba!
¡Ah! la noche semejaba
el alma de una mujer.

Llamé... y abrió ¡santo cielo!
la última esperanza mía;
y sin escuchar mi duelo
dijo, remontando el vuelo
entre la niebla sombría:

—"¡Anda! ¡anda, desdichado!
nunca ya pueden huir
las tormentas que han bajado,
porque una es la del pasado
y otra es la del porvenir.".

¡Ay! desde entonces llevé
la vida que se derrumba
entre el huracán que hallé;
y donde toca mi pie
creo que pisa una tumba.

XXXVIII

SALMO

Es vana sombra fugitiva el mundo
para engañar el corazón creada:
mentidas son sus risas de alegría,
su fausto, su dolor y su confianza:
            Sólo es verdad el cielo,
            última patria.

Falsa cual tinte muerto de la tarde
es la luz de la gloria; la esperanza,
el amor, la belleza, los delirios,
son flores de la tumba solitaria:
            sólo es brillante el cielo,
            última patria.

Errantes peregrinos, que las olas
sumergen en el día de borrasca;

y en quienes la razón, la fantasía,
pueden apenas alumbrar su marcha:
Sólo hay paz en el cielo,
última patria.

XXXIX

EL AMOR DE LOS AMORES

—¿Por qué lloras, madre mía?
¡ay! ¿dónde está tu aflicción
que un beso disiparía?...
—Sobre tu frente sombría,
hijo de mi corazón.

—Madre... te engaña mi frente;
ya te arrullo, duerme en calma.
—Hijo, tu labio es quien miente:
la madre ¡pobre inocente!
ve con los ojos del alma.

Y en tu mirada marchita
y en tu helada frente mustia
llevas la aflicción escrita...
—Madre, la fiebre te agita...
—Hijo, ¿me escondes tu angustia?...

—Si has leído mi pesar,
ya te lo voy a decir...
—Ve que no me has de engañar...
—¡Ah! pero no has de llorar...
—No, pero has de sonreir.

—El amor, madre querida,
el alma de una mujer,
hizo tan bella mi vida
como esa flor que escondida
pusiste en mi libro ayer.

Hoy mis ojos la buscaron
y mi labio la llamó:
mis ojos no la encontraron
y mis palabras llegaron...
pero la respuesta ¡no!

Por eso, triste y oscura
como esa flor sin verdura,
hoy, madre, mi alma está:
¡pobre flor de mi ternura!
¡pobre flor de resedá!

—Hijo, como aquellas flores
los seres del mundo son,
y hallan muerte entre dolores

¡ay! al dejar los amores
del materno corazón.

—¡Oh! madre, calla te pido;
mi alma a buscarla va.
—¿Me dejas? ¡hijo querido!...
amor que lleva el olvido
¡ay! no vuelve al alma ya.

—¡Adiós! que a mañana espero;...
no lo cree aún mi dolor.
—*¿Mañana?* ¡y hoy ya me muero!...
El único amor sincero
es el maternal amor.

XL

EL GRANDE Y EL CHICO

No hay derecho, no hay ley; todo es mentira;
no hay más ley ni derecho que la fuerza.
Yo tengo entre mis manos los cañones,
sentado sobre el solio de la tierra.
        Tú, miserable esclavo,
que bajo el ceño de mi frente tiemblas,
¿qué es lo que tienes sobre el mundo mío?
        —*Yo arrastro la cadena.*
No hay virtud, no hay honor, no hay más que
                                                        [el oro;
él transforma la crápula en nobleza,
y en medio del espanto de la vida
cambia en un paraíso la existencia.
        Y tú, burro de carga,
que el trabajo mendigas a mi puerta,
¿qué tienes tuyo bajo el sol del cielo?
        —*El hambre y la pobreza.*

XLI

RAQUEL

El día doloroso de la ausencia
pasé bajo el umbral de su ventana,
y ni siquiera volvió a mí su rostro
ni conoció el rumor de mi pisada.

¡Ay! así cruza el náufrago perdido
en las olas del mar que le arrebatan,
mirando indiferente a su agonía
la blanca vela que a lo lejos pasa.

Así en la eterna noche de los tiempos
se hunde el recuerdo que el olvido apaga:
así rueda al abismo para siempre
la estrella muerta que del cielo baja.

Así delante de su umbral querido
cruzará mi ataúd en la mañana,
sin que vuelva hacia él sus bellos ojos
para decirme ¡adiós!-con su mirada.

XLII

CARLOTA

¡Déjame, doloroso pensamiento!
¿Por qué me hieres sin descanso el alma,
... hoy que el astro celeste de la dicha
me inunda en el fulgor de su mirada?...

Jamás el timbre de su voz amante
guardó tanta pasión en su palabra;
nunca su beso se estrelló en mi boca
con el calor de tan ardiente llama.

"Jamás la fuerza de su tierno abrazo
me estrechó así con su caricia blanda"
para unir en la tierra y en el cielo
el lazo indisoluble que nos ata...

¡Oh; cómo se parecen en la vida
los dos besos que juntan y separan!

Los dos, como la luz y la tiniebla,
desde la cumbre de los cielos bajan.

Déjame, pensamiento doloroso,
que eclipsas el fulgor de mi esperanza
con el espectro de la muerte triste
¡ay! que a mi puerta llamará mañana.

XLIII

PERDON

Andando en los caminos del recuerdo
sobre el rastro celeste de su planta,
crucé todas las huelas del pasado
"para arrullar con su memoria el alma."

Aquí fué donde se abrasó mi vida
en el fulgor de su primer mirada;
allí dió su combate doloroso
el tiempo de la duda y la esperanza.

Bajo aquel cielo se estrelló en mi labio
el beso de su boca enamorada;
allá subimos juntos la pendiente
que a la suprema dicha se levanta.

Aquí cayó de sus divinos ojos
el primer llanto que el pesar arranca

y allí la tempestad de la existencia
nubló su cielo con sus propias alas.

Y bajando el camino del recuerdo
con los remordimientos en el alma,
me arrojé sollozando de rodillas
sobre el desierto umbral de su morada.

XLIV

OJOS BELLOS

¿Por qué me dices que tus ojos bellos
nunca me volverían a mirar,
si un día pierde su ilusión divina
mi espíritu inmortal?

No, no es preciso que tus ojos bellos
su rayo escondan para mí jamás,
ni que bajes tu frente luminosa
al sentirme pasar.

Si la caricia de tus ojos bellos
se aparta de los míos sin piedad,
no temas encontrarme ni en la tierra,
ni en los rumbos del mar.

Cuando la lumbre de tus ojos bellos
no sea el sol de mi existencia ya,
es que estaré durmiendo... bajo el polvo
que tus pies pisarán.

XLV

NOCTURNO

Este tierno secreto
habita en lo más íntimo de mi alma,
solitario y oculto para siempre
del mundo a las miradas.
Tan sólo se despierta
cuando tu amante corazón me llama,
y trémulo después en su silencio
se refugia y se calla
este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma.

Como un astro del cielo
alumbra mi existencia solitaria:
como aquel astro que mostró a mis ojos
tu mano enamorada.
Cuando en tu noche triste
mi espíritu invisible te acompaña,
abre como una flor entre mi seno

y su perfume exhala
este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma.

El colora mi vida
con el risueño albor de la mañana
y alienta entre mi pecho estremecido
la luz de la esperanza.
Cuando tu rostro bello
me sonríe en la noche a la distancia
yo sólo sé sobre la tierra entera
cuál recuerdo me manda.
Este tierno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma.

¿Cuál es ese recuerdo
que tu existencia en mi existencia enlaza
y que a compás del tuyo en su latido
mi corazón levanta?
No; nadie sobre el mundo
nadie en la vida a penetrarlo alcanza,
porque mi labio que selló tu beso
se sonríe y se calla.
Este tierno secreto
habita en lo más íntimo de mi alma.

¡Ah! nunca ya le olvides,
guárdalo en tu memoria enamorada,

porque es el lazo que en el cielo mismo
liga nuestra esperanza.
Cuando en el día eterno
los muertos de las tumbas se levantan,
¡ay! ven a recordarme en mi sepulcro
con la dulce palabra
de este eterno secreto
que habita en lo más íntimo de mi alma!

XLVI

NOCTURNO

En la noche desierta
negaste mi ilusión enamorada
cuando tenía ante el recuerdo tuyo
de rodillas el alma.
Entonces, de mis ojos
se desprendió una lágrima,
y se estrelló rodando en mi mejilla,
a los pies de tu imagen adorada.

En la noche desierta
negaste la verdad de mi palabra,
cuando en el soplo de mi aliento mismo
tu nombre suspiraba.
Entonces, de mi labio
brotó una queja amarga
que llevó sollozando tristemente
la brisa de la noche entre sus alas.

En la noche desierta
negaste el corazón que te adoraba,
mientras que sus latidos en mi pecho
temblando te llamaban.
Entonces, en sus venas
pasó una onda helada
como las piedras que en la tierra cubren
a aquellos ¡ay! que para siempre callan.

En la noche desierta
negaste tu recuerdo de mi alma,
cuando entre las estrellas de los cielos
tu lucero buscaba.
Entonces, mi semblante
escondí entre mis palmas
y miré sepultarse en la tiniebla
el último fulgor de mi esperanza.

Y en la noche desierta
no oiste mi sollozo en mi palabra,
no sentiste temblar aquel latido,
no hallaste esa mirada.
No escuchaste mi queja,
no enjugaste mi lágrima...
y dejaste perdida para siempre
en las tinieblas del dolor mi alma.

XLVII

NOCTURNO

¿Qué tengo que decirte?... Lo que dice
con su eterna mirada
esa divina estrella de los cielos
que me mostraste, ¡mi alma!

Lo que dice la ola de los mares
que suspira en la playa;
lo que dice la brisa del desierto
que sollozando pasa.

Lo que dice la tórtola en su arrullo;
lo que en su bronce canta
en la oración tristísima y sublime
la voz de la campana.

Lo que dice el murmullo de las hojas
y el rumor de las alas;

lo que dice en el pálido horizonte
la última luz que baja.

Lo que dice la flor en su perfume
cuando abre en la mañana;
lo que dice la cuerda estremecida
que se queja en el arpa.

Lo que dicen los ojos que se cierran
en su última mirada;
lo que dice el adiós de la partida,
lo que dice una lágrima.

Lo que dice en su trémulo sollozo
la vida que se arranca;
lo que dice en la tierra de los muertos
la noche desolada.

Lo que dice en el cielo el alma libre
al encontrar el alma
de cuyo lado la apartó la suerte
sobre la tierra ingrata.

¿Qué tengo que decirte? Todo eso
que rebosa en mi alma
y que los labios traducir no pueden
con la palabra humana.

XLVIII

NOCTURNO

En un día cercano
me buscará en la tierra tu mirada,
y no hallará sobre la faz del mundo
ni el rastro de mi planta.
Tus dos bellos luceros
nublarán su fulgor entre tus lágrimas
llorando aquellas horas de la vida
que perdió tu esperanza
cuando mi frente triste
no reflejó la luz de tu mirada.

En un día cercano
tenderás el oído a mis palabras,
y escucharás tan sólo... los gemidos
de los vientos que pasan.
Entonces tu sollozo
hará temblar del céfiro las alas

y oprimirá tu corazón amante
la perdida esperanza
de aquellos días tristes
en que tú no buscaste mis palabras.

En un día cercano
tus brazos me abrirás a la distancia.
y ni la sombra de mi cuerpo ausente
encontrarán tus palmas.
Entonces sobre el pecho
te torcerás las manos, desolada,
y doblará tu corazón sus golpes
por la muerta esperanza
de aquellos días tristes
en que no me abrazaste a la distancia.

Y en un día cercano
me llamarás al cielo de tu falda
y sólo ¡ay! responderá a tu acento
el eco de mi tumba solitaria.
Entonces para siempre
estremecida de dolor tu alma,
llorará en la orfandad de tu existencia
la imposible esperanza
de aquellos días tristes
que me cerraste el cielo de tu falda.

Fueron no más que los instantes breves
que separan la noche y la mañana:
y en ese tiempo descendió del cielo
a las tinieblas del dolor el alma.
        Tu mano misma
        rompió sus alas,
como el tiro cruel que al ave postra
cuando su canto matinal alzaba.

¿Estás segura que es tu propia mano
la que rompe en mi vida la esperanza?
¿Es tuyo el pie que reventó mi frente?
¿Es ese mismo pie que yo besaba?
        ¿Es de tus ojos
        esa mirada
que me sigue, sonriendo, en el naufragio
donde las olas sin cesar me asaltan?

Pues bien; ¡cómo ha de ser! Mi alma ciega
rodará a la tiniebla desolada.
Rodará eternamente y sin reposo,
sin una sola queja ni una lágrima.
        Ni angustia existe
        donde tú faltas.
¡Allá voy! Pero al borde del abismo
¡oh! dame al menos a besar tu planta.

En vano escondes en la sombra triste
tu rostro humedecido con tus lágrimas,
en vano llevas a la mar distante
para huir de la mía tu mirada.
Tras de los ojos tuyos,
¿No ves? vuela mi alma,
y lee en la tiniebla de la noche
el secreto pesar que en ella guardas.

En vano alumbras tu semblante bello
con tu dulce sonrisa enamorada,
y ocultas en el fondo de tu vida
el inmenso dolor que la desgarra.
Tras de los labios tuyos,
¿no ves? vuela mi alma,
y ve en tu corazón caer el llanto
como el fuego del mundo en sus entrañas.

En vano en el silencio y en la tiniebla
el sueño buscas que el recuerdo aparta;
en vano ahogas tu sollozo triste
en la presión de tu desierta almohada.
Tras del suspiro tuyo,
¿no ves? vuela mi alma,
y descifra el secreto de tu angustia
en el gemido de dolor que exhalas.

En vano escondes ante mí tu pena,
en vano oyes mi súplica y te callas;
en vano quieres para ti tan sólo
la copa llena de la onda amarga.
¿No ves que el alma mía
llora como tu alma?
¡Dame a beber!... que nuestras vidas cubra
la misma noche con sus mismas alas.

XLIX

NOCTURNO

Lucero de la noche
que con tu rayo al infinito alcanzas,
¡ay! ¿a qué rumbo de la vida triste
el ángel de mi amor tendió sus alas?
En vano de mis ojos
le busca la mirada,
lucero de la noche
que me viste de hinojos a su planta.

Céfiro de la noche
que cruzas la tiniebla desolada,
¡ay! ¿en qué brisas de la tierra triste
su perfumado aliento se derrama?
Busco en vano y no escucho
su voz enamorada,
céfiro de la noche
que trajiste a mi oído su palabra.

Lámpara de la noche
que alumbras el cristal de su ventana,
¡ay! ¿por qué está tu rayo agonizante
espirando en su alcoba solitaria?
Miro en vano y espero,
y ya la aurora avanza,
lámpara de la noche
que su rostro celeste me alumbraba.

¡Ah! y en la noche triste
se hundió el lucero que me vió a sus plantas,
y pasó sollozando al infinito
la brisa que me trajo sus palabras.
Y al despuntar la aurora
una perdida lágrima
como en el alma mía,
corrió por el cristal de su ventana.

El libro de los cantos

I

EL POETA Y EL SOLDADO

Poeta

Soy el alma divina
que alienta el corazón de las naciones;
el astro que sus glorias ilumina.
Soy la canción primera
que hace flamear al viento su bandera,
y levanta a su sombra sus legiones.

Soy la eterna esperanza
que en la frente del hombre reverbera,
y a cuya luz la humanidad alcanza,
desde su cárcel de fatiga y duelo,
a vislumbrar el rastro
que deja de astro en astro
el Creador de los Orbes en el cielo.

Soy el arrullo de la fe sublime
que en el idioma de los cielos canta

al alma de los mártires, que gime
en la encendida hoguera,
y al corazón del Cristo que redime
desde su Cruz la humanidad entera
y a su origen divino la levanta.

Soy el rayo celeste que colora
la bóveda estrellada de la tierra;
soy el rubor de la inmortal aurora
que abrillanta y que dora
cuanto en la vida la ilusión encierra.

Yo canto al mundo las eternas leyes
que la sublime libertad inspira,
y al arrancar la estrofa de mi lira
hago temblar el trono de los reyes.

Al son del arpa mía
la desolada humanidad despeja
su doloroso ceño:
yo acompaño en mis cánticos su queja,
yo arrullo su agonía,
yo la cierro los ojos y la enseño
del sepulcro a la puerta,
que la muerte es un sueño
que en la inmortal eternidad despierta.

Yo soy el arpa que en el triste suelo
templa de Dios la mente soberana,
para que cante a la creación humana:
¡Mortal, álzate al cielo!

Soldado

Yo soy la sangre universal que late
de la Patria en las venas;
mi pecho es su muralla de combate.
Yo desnudo la espada
por su gloria sagrada
y rompo de sus trabas las cadenas.

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
que aplasta la conquista en su sendero
y estrella el cráneo del León Ibero
en la nevada sien del Chimborazo.

Yo soy la carne de cañón que alfombra
sangrienta y palpitante,
rota y hecha jirones,
el camino triunfante
que conduce a la gloria sus legiones.

Yo soy la abnegación desconocida
y la pena ignorada.
Soy la sangre vertida

con todo el sacrificio de la vida,
y sin otra ambición en su carrera
que un jirón de bandera
que sepulte mis miembros en la nada.

El amor, el cariño,
del dulce hogar el apacible encanto,
las caricias angélicas del niño
y de la madre el llanto,
todo lo que encadena
a la tierra y al cielo
lo arrojo a la orfandad, lo hundo en el duelo,
y con frente serena
marcho al sublime horror de la batalla...
Cuando el lamento de la Patria suena,
hasta el lamento de la madre calla.

Yo soy el centinela de su gloria,
yo marco con mi espada su destino,
yo mismo hago su historia
regando con mi sangre su camino.

Para que el eco de su nombre vibre
y cruce su estandarte el mundo entero,
la hago inmortal y muero
como un soldado libre.

. . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
batalla por la fe que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
la tumba de Varela;
el tajo de la infame guillotina
que hace rodar la frente iluminada,
y los dos brazos de la cruz divina
en la cumbre del Gólgota clavada:

Esa es la brecha que el deber me fija;
la paz universal es mi bandera;
a su gigante sombra se cobija
la humanidad entera.
Mis armas no son armas de la muerte,
son la fraternidad y la esperanza:
el grito del cañón no es el más fuerte:
donde él no llega, la razón alcanza.

Allá en el porvenir reluce un día
sin hierros, sin banderas, sin cañones:
¡esa es la patria tuya!... ¡esa es la mía!
¡la Patria Universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
y la paz es el fruto de la guerra.
Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?...
¡No! Yo he caído en la primer jornada,
al pie de mi bandera idolatrada
y abrazando mi tierra.

POETA

Sí, ha de brillar en la lejana hstoria
de la pasada gloria,
en la epopeya de supremo duelo
que el poeta divino
cantará a las batallas del camino
que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

—¿Esa es la gloria mía?

POETA

—¡Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, ¡adiós! ¡Tú eres mi hermano!

Poeta

¿Adiós?... ¡Jamás!... Marchemos de la mano:
¡tú eres el corazón, yo soy el alma!

II

LA HERMANA DE CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
        que descansas el vuelo
sobre la cárcel del linaje humano,
para abrir una fuente de ternura
        y una puerta del cielo
donde se posa tu bendita mano?

        ¿Quién eres tú, que oras
junto al desierto lecho del que expira?
        ¿quién eres tú, que lloras
        por la desgracia ajena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
al infeliz que arrastra su cadena?
¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
        de la feroz matanza,
el rastro de la muerte vas siguiendo
        por el ¡ay! que se lanza,

y entre la sangre y el dolor perdida,
donde se da la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
ángel del moribundo,
bálsamo misterioso del herido
y patria, en fin, del huérfano y el triste.
¿De qué estrella caíste
para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
para que quepan en tu amor sagrado
todas las desventuras de la vida?
¡Oh, qué caudal de abnegación encierra,
que no acaba, regado
sobre todas las llagas de la tierra!

No pisa sobre el mundo
más que un ser, nada más, que templa y [calma
tanto dolor profundo
con el insomne afán de su ternura...
¡Te adivina mi alma!...
¡eres mujer, sublime criatura!

Eres mujer, lo eres,
y no te abisma la borrasca humana
al mágico festín de los placeres

y los vivos albores
de la ilusión galana,
no alumbran el Edén de tus amores.

Y tu rostro tan bello
no es flor del mundo en el jardín viviente.
y tu blondo cabello,
en ondas melancólicas caído.
no es tesoro de un labio enardecido
ni espléndida corona de tu frente.

Y la angélica lumbre de tus ojos
tan sólo a Dios y al moribundo mira,
y la frescura de tus labios rojos
sólo se va perdiendo y marchitando,
la helada cruz besando
y la pálida frente del que expira.

¡Oh! ¿qué profundo encanto
en la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
en el consuelo del dolor y el llanto,
que el placer de la tierra
a cambio de él, el corazón olvida?

¡Angel de caridad! ¡alma templada
del mismo Dios en el amor fecundo,
tórtola de Noé desampárada!

eres flor bendecida,
bajo la sombra de la cruz nacida,
donde expiraba el Salvador del mundo.

Tu enternecido corazón sublime
es el arca del pobre:
allí busca consuelos el que gime,
allí pide una lágrima el que llora,
y allí un pan y allí un cobre
aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
van a llamar el huérfano y la viuda,
con la carne desnuda
y el pie despedazado
bajo la noche del invierno impío,
sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
se para junto al lecho de la vida,
lleva su mano inerte
el que está solo en su dolor horrendo,
para besar tu mano bendecida
y morir sonriendo!

Así tu vida en la piedad se encierra,
así la viertes sobre el lodo inmundo
sin pedir una lágrima a la tierra.

Así tu noble corazón sincero
sin patria sobre el mundo...
patria es del mundo entero.

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también sólo allí busco mi palma:
voy donde el diente del dolor se encarne,
seco también las lágrimas del suelo
y cierro las heridas de la carne
como tú las del alma!

Alumbra mi destino
sobre la cárcel del linaje humano.
¡Ay! sólo pide mi ambición precaria
que en el último asiento del camino
pongas en mí tu mano
y levantes mi vida en tu plegaria.

III

MONTEVIDEO

A mi amigo el Dr. Bonifacio Martínez

Al través de una lágrima te veo,
tierra de los patriotas y valientes,
y estás llorando y humillada... ¡Mientes,
tú no eres la inmortal Montevideo!

El grito de tu llanto y tus ultrajes
de asombro al mundo y de vergüenza llena,
y con sollozo de dolor resuena
en las tumbas de Díaz y de Tajes.

Y ni una voz viril, ni un solo eco
hoy pide cuentas de tu honor vendido,
donde abortó con mágico estallido
la tremenda palabra de Pacheco.

¡Ay!... para trono de un caudillo inmundo
los muros de nuevo año se elevaron,

y una hazaña en cada ángulo dejaron
que basta y sobra para honrar a un mundo.

¡Troya... y Gomorra!—confusión doliente
que ofusca el pensamiento horrorizado:
arca de salvación en el pasado,
tumba de dignidad en el presente.

¡Cómo ha caído tu soberbia raza
de hinojos a la espuela de un caudillo,
agobiada su diestra bajo el grillo
y sujeta su lengua a la mordaza!...

¡Ah! ¡sólo el día de Polonia esperes
si duermes a los pies de tu verdugo,
hasta que venga a destrozar tu yugo
el brazo vengador... de tus mujeres!

Para que ignore tu vergüenza el mundo,
sofoco el corazón que estalla en ira,
y, lleno de dolor, parto mi lira
sobre las rocas de tu mar profundo.

IV

LA ORACION

Oye la voz con que a los cielos llama
el universo que en la tarde gime,
y alza al Creador sublime
la oración que en tu labio se derrama:
siente la estrofa que en la mar murmura,
contempla el sol que su corona humilla,
¡oh, mortal criatura,
y dobla sobre el polvo la rodilla!

Madre Naturaleza,
¡cómo se templa enternecida el alma
en tu hora de calma
al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
que el inmortal espíritu remueve
en tu misterio la esperanza bebe
la majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde a la oración levanta,
todo en el alma universal se anida,
y la creación en éxtasis caída
como arpa eólea su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
con manso y perezoso movimiento
hasta el desierto de las playas solas
        donde dormita el viento:
el último crepúsculo que baña
con el color de fúnebre desmayo
la inmensidad del infinito ambiente,
apaga el tornasol de la montaña
        que levanta la frente
para mirar el rayo, último rayo
del sol que se derrumba al occidente.

        El desierto sereno
tiembla al paso del bruto, que se abriga
        entre la selva amiga,
de extraño afán y mansedumbre lleno:
        el bosque bullicioso
repliega en el silencio su follaje
        sobre el ave salvaje
        y el pájaro medroso;
y como una alma tímida y errante
la sombra sale que en la selva espía

el último crepúsculo del día
para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! Sobre tu mundo
cruza veloz la brisa pasajera,
leve como el aliento estremecido
que arranca el estertor al moribundo:
        parece que dijera
"¡silencio!" a la creación con su gemido.
Entonces, en la bóveda azulada,
abre como las flores el lucero,
y allá, sobre su límpida mirada,
        en el zenit del orbe
        vaga armonía suena
        que el espíritu absorbe
y con sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana
abisma en el infierno de tu duelo,
        ¡oh, criatura humana,
y oye ese canto que te llama al cielo!
        ¡Oh, tarde majestuosa,
cómo muestras a Dios en tu grandeza,
cómo brota la vida misteriosa
bajo tu aliento de inmortal tristeza!
        En el eco lejano
habla una voz que el corazón halaga

como la voz del padre y del hermano,
y en el suspiro de la brisa vaga
que entre el cabello de la frente anida
su secreto murmullo,
¡oh! de la madre el cariñoso arrullo
parece hablar al alma conmovida.

Sobre la cuenca lóbrega retumba
el salvaje alarido del torrente
que cuelga en la pendiente
y al antro pavoroso se derrumba,
brama y se precipita,
su golpe tiembla en el abismo hueco,
y horrorizado el eco
se asoma a las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
hace temblar el corazón con ella;
parece el rumor leve
de una sombra evocada,
y en la luz temblorosa de la estrella
hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
y la piedad invoca
bajo el pie cauteloso que la oprime;
hay una rama que al pasar nos toca,

una tímida rama:
hay una flor que se abre con delicia
y su lluvia de pétalos derrama
bajo el ojo mortal que la acaricia;
en las quimeras de la errante sombra
se borra y se diseña
una pálida mano que hace seña
y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto,
la soledad como un fantasma mira,
y resucita y se estremece y gira
la vida de lo muerto.

¡Oh, mortal criatura!
¿no siente a Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
aspira a Él tu alma con tristeza;
es que la majestad de la grandeza
el corazón inunda de ternura.

¡Oh, tarde, tarde bella,
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primer estrella,
tú me templas el alma solitaria:
siento en tu seno una armonía, siento
como un ángel que llora...
¡Oh, Dios, es la plegaria
con que en la tarde la Creación te adora!

V

PRELUDIO

Busqué en el fondo
del alma mía
una plegaria,
una armonía,
un eco insólito
de inmenso amor:
canto profundo
de extraño anhelo,
con todo un mundo,
con todo un cielo
de inspiración.

Busqué una música,
un solo acento
que compendiara
mi sentimiento,
como una lágrima

muestra el dolor;
busqué el idioma
desconocido
de la paloma;
busqué un latido
del corazón.

Busqué ese arpegio
de la esperanza
que el alma trémula
soñando alcanza
allá en la atmósfera
que habita Dios,—
y hallé tu angélico
nombre querido,
que como una alma
llevo escondido
en lo más íntimo
del corazón.

VI

LA REDENCION DEL PARAGUAY

Se estremece la tierra
donde abatió la frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano.
Se estremece la tierra
donde brilló la espada de Belgrano.

La fuerza del destino
Atila de la América, te lanza
sobre el suelo argentino...
La voz del Paraguay pide venganza,
y el pueblo justiciero
que hundió en sus montes su primer ver-
[dugo,
vuela a romper sobre tu frente el yugo
de su opresor postrero.
¡Ah! por eso resuena

sobre la tierra clásica de Mayo
el golpe de tu planta, Paraguayo,
uncida al eslabón de tu cadena.

Hija infeliz de la Nación que un día
alumbró sobre el mundo
de San Martín la formidable espada...
patria despedazada
en noche de vergüenza y tiranía,
¡oh, templa un tanto tu dolor profundo!...
ya te escuchó la tierra
donde abatió su frente el león Hispano,
donde se hundió el orgullo de Inglaterra
y el hijo del soberbio Lusitano!
Ya te escuchó la tierra
de Alvear, de San Martín y de Belgrano!

Y tú, pueblo del sol, patria sublime,
el estandarte de tus glorias bate,
sobre el escudo de tus padres toca
y de nuevo redime
a precio de tu sangre
al hermano que gime
atado a la cadena, de una roca.

¡Tumba de tres coronas
que libertaste el mundo americano,
levanta el himno que a la lid entona,
porque llama a su tumba otro tirano!

VII

CARMEN

Baje a tu hogar la bendición del cielo
con la lumbre deDios en la mañana,
y el soplo triste de la muerte impía
no haga ronda en la noche a su muralla.

Con la memoria del amor primero
tu sueño arrulle la ilusión del alma,
y con sonrisa de inefable encanto
te despierte en la aurora la esperanza.

Como las rosas del Edén perdido,
los hijos de tu amor llenen tu falda;
bellos, como la sombra de tus ojos,
nobles, como la lumbre de tu alma.

En cada rumbo que su pie se agite
brote bajo la huella de su planta

la mitad de la dicha que en el mundo
sembraste en el hogar de la desgracia.

Guarde sobre tu frente pensativa
eterna juventud sus frescas galas,
para doblar el misterioso encanto
del corazón que en tu ilusión se embarga.

Y cuando al fin sobre tu frente toque
el ángel del Señor, que al cielo llama
y en la pupila de tu amigo guardes
el último fulgor de tu mirada,
¡ay, no desdeñes el sollozo ajeno
que entre el sollozo de tus hijos parta!

VIII

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
la órbita del Olimpo recorría
en un cielo sin Dios, desamparado;
cuando la ciencia idólatra mentía
y el arte prostituído blasfemaba,
y en el estruendo de perpetua orgía
la miserable humanidad rodaba,...
abrió la Cruz sus descarnados brazos,
con su gigante sombra cubrió el suelo,
y el hombre en ella al estampar sus pasos
sintiendo al Dios que el universo encierra,
alzó la frente al cielo
y cayó de rodillas en la tierra.

Así la humanidad fué redimida,
así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
así desde el espanto de la muerte

a la inmortalidad alzó la vida.
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
sólo la cruz alcanza,
ella es la tabla en que salvó el abismo
desde la tierra al cielo la esperanza.

Las creencias pasan, la razón vacila,
el ideal del arte se transforma;
la estirpe humana misma
girando en el perpetuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose a Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente
llama al dintel de la verdad en vano,
sin encontrar siquiera
la ley que rige la materia inerte
y enciende el pensamiento soberano
que en la frente del hombre reverbera
como diadema del linaje humano.

¿Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria
con que la España deslumbró la historia
al pisar en la América ignorada?...
¡Lo que fué de la estela
que en las ondas del mar dejó el sendero

de la audaz carabela
que guió de Colón la fe cristiana!...
Sólo quedó la Cruz del Misionero
abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
lo ve la mente que la ciencia absorbe,
lo escucha el alma en su esperanza tierna:
todo pasa en el mundo,
todo cambia en los ámbitos del orbe;
¡la Cruz sólo es eterna!

. . . .

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella,
yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
¡yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
¡Yo soy su misionero,
yo soy su combatiente solitario;
todas las sendas sobre el mundo entero
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana,
el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre al alma mía
que ata el lazo bendito
que el Padre al hijo ligará mañana.

En la cuna inocente
donde tú ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro,
de la vida precaria
yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegaria.

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo a la brecha del combate
con la sandalia de mi pie llagado;
y entre el humo y la sangre y la metralla,
que ocultan a los cielos tus despojos,
te hago besar la Cruz en la batalla
y te cierro los ojos.

¡Y yo también en la existencia triste
soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
llevo el arma divina,
llevo la Cruz sagrada
que las tribus caribes ilumina:
¡la Cruz más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
la fe sublime en que tu amor reposa;
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa.
        La Cruz, que en el regazo
        de la sagrada tierra
que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo.

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y a la sombra de Atila se lanzaron
y la espantada Europa sorprendieron,
y entre sus propias ruinas la abismaron,
        el *Fraile* moribundo,
hasta en las Catacumbas perseguido,
salvó en las Catacumbas escondido
        el progreso del mundo.
La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
la civilización, que alza en su huella
        el hombre hasta la gloria,
al resurgir la Cruz renació en ella

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
        que fué tu patria entera
donde hoy sus pasos el progreso estampa?...

Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?
¡el salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha
y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano.
Y sobre el rastro de la sangre mía
en el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo.

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida de glorias rodeada
cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
¡El pedazo de piedra
que me sirvió de almohada
y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía
en el mundo feliz, sólo un lamento
viene a llorar bajo la noche umbría...
el gemido del viento.

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente:
y ahora mundo ateo, mundo ingrato,
escúpeme en la frente.

IX

VARELA

En la fúnebre noche del destierro
partió el puñal la espalda de Varela
para ahogar en su sangre la doctrina
que iluminó en su patria la conciencia.

Y el infinito tiempo de los Orbes
pasó en el haz de la argentina tierra,
y de la tumba del proscrito ilustre
hizo surgir la libertad eterna.

Y el palpitante seno de la patria
como alma suya su ceniza encierra,
y el podrido cadáver del tirano
duerme bajo una lápida extranjera.

Y allá en un día que estremece el alma
levantará el Señor a su presencia

el miserable espíritu de Rosas
y el alma luminosa de Varela.

Esa es la ley divina del progreso:
¡la luz iluminando la tiniebla!...
No, no se mata la conciencia humana,
imbéciles tiranos de la tierra.

X

CRISTO

La voz de la esperanza
canta en el corazón eternamente;
el alma humana sin cesar la escucha,
el hombre entre sus lágrimas la siente,
y desde el polvo en que su vida lucha
alza al Cielo la frente
buscando al Dios que en su ideal alcanza:—
¡la voz de la esperanza
canta en el corazón eternamente!

¿Qué ha sido en el pasado
la palabra sublime
del Profeta inspirado?...
Fué la voz de Dios mismo,
la fe que de la duda le redime,
la fe que arrulla su insaciable anhelo,
la fe que le sonríe en el abismo

y levanta su espíritu hasta el cielo.
Era el fulgor de la celeste llama
que guía al hombre a su inmortal destino;
era la voz que sin cesar le llama
a su origen divino.

Era la fuerza de la ley eterna
que el espíritu absorbe
buscando la verdad en su embeleso:
era el fatal principio que gobierna
la armonía del Orbe:
¡era la ley divina del Progreso!

Y aquella voz clamaba
cuando el mundo pagano
bajo la infame esclavitud gemía,
y cuando el alma del linaje humano
al César en los templos adoraba
y en la insolente crápula rodaba
al último estertor de la agonía...

En el dolor profundo,
en la más negra noche de su suerte,
sin Dios, sin fe, sin esperanza el mundo
caminaba a la muerte.
Entonces sobre el duelo
de aquel pasado que la historia aterra,

rasgó el Señor la bóveda del Cielo
y alzó el Cristo en la tierra.

. . . .

Su palabra divina
reveló al Dios que la razón no alcanza,
estremeciendo al mundo de esperanza
con la eterna moral de su doctrina.
Las sombras a su luz se anonadaron,
los pueblos a su voz se conmovieron;
los Césares temblaron;
los dioses del Olimpo vacilaron
y de su roto pedestal cayeron.

Entonces desde el fondo del abismo
donde la antigua sociedad lloraba
hundida en el espanto,
bajo el pie del sangriento paganismo
que al hombre con la fiera nivelaba,
alzó la libertad su primer canto.
Y el corazón humano
templado al tono del amor profundo
que por la ajena desventura gime,
gritó: ¡el hombre es mi hermano!,
¡y de ese grito de pasión sublime
surgió por fin la redención del mundo!

¿Qué importa el eslabón de la cadena
cuando en el alma la esperanza canta?
¿Qué le importa a la carne su gangrena
cuando hasta Dios la mente se levanta?
¿Qué importan ya las lágrimas del suelo
si en la inmortalidad la fe se encierra?...
¡Lo que le importa al esplendor del cielo
la pasajera noche de la tierra!

Así a la luz de la verdad cristiana
fué a hundirse en el abismo
la abyección del sangriento paganismo
que degradaba la conciencia humana.

Así rodó a la muerte
la esclavitud del hombre:
así el amor fecundo,
bálsamo de la pena y la desgracia,
del alma humana niveló la suerte:
así el primer abrazo sobre el mundo
fué la ley de la eterna democracia.

Así la humanidad fué redimida
al descorrer el velo
de la verdad donde el Creador se encierra;
así al surgir el Cristo de la tierra,
en la fuente del cielo
inundó la esperanza de la vida.

Así ya para siempre en el camino
de la humana existencia
la voz de la conciencia
fué el propio juez de su inmortal destino.

Así surgió de la verdad divina
la religión eterna
que la ley de los átomos gobierna
y el alma de los hombres ilumina.
La religión eterna que domina
la creación soberana
en todo astro del cielo, en toda estrella
donde estampe su huella
la criatura humana.

Así del Cristo el último lamento
que llevó a Dios la redención del hombre
desde la infame Cruz de su tormento,
selló la abnegación de su doctrina:
y así al amparo de su Cruz sagrada
la humanidad salvada
al resplandor de la verdad camina...
Al resplandor del corazón cristiano
que al calor de su luz alzó el portento
del pueblo americano,
con la eterna igualdad por fundamento
y la Biblia en la mano.

. . . .

Sube a la Cruz del Salvador del mundo,
miserable gusano de la tierra,
que en tu orgullo profundo
la estirpe buscas que su sangre encierra.
Sube a la Cruz que el Gólgota domina,
redime al hombre con la fe cristiana,
y allí sabrás si su alma era divina
entre los hijos de la raza humana.
Allá cuelga en su Cruz y abre los brazos
a la salvaje ingratitud del hombre
que repartió su túnica en pedazos
empapada en la sangre de su herida:
del hombre mismo a cuya triste suerte,
al recibir la muerte
abrió las puertas de la eterna vida.

. . . .

Cuando el alma inspirada
se hunde en la nebulosa de la historia
y asiste al nacimiento de su gloria
de entre la humanidad despedazada;—
cuando la mente que la ciencia absorbe
recorriendo los ámbitos del Orbe
sólo halla eterno del Creador el rastro
y eterna la verdad de tu doctrina,
siente, Jesús, que tu alma como un astro
era un alma divina.

El labio que te niega
no templará su sed en la esperanza,
porque ella sola llega
donde la luz de la razón no alcanza.

XI

EL HIJO DEL SOL

(Imitación del estilo de Ossian)

I

Grandes son las hazañas
del altivo guerrero
de la pasada edad. Cual las montañas
que al cielo alzan la frente encanecida
en el desierto campo en que altanero
cayó el héroe sin vida,
como en la niebla, el sol, su eterna fama
el torbellino vence de los siglos.
Su nombre esclarecido,
como el astro inmortal, recorre el mundo
en los cantos del bardo:
con respeto profundo
le escucha el joven, y en su pecho siente

de valor y esperanza estremecido
el corazón ardiente,
porque el eco lejano
finge con él de su futura gloria;
y al recordar del héroe la memoria,
una lágrima suelta
de sus enjutos ojos el anciano...
La raza de tus hijos
ya no existe ¡oh, Capac! El tiempo alado,
una edad y otra edad llevó en su vuelo,
y enmudecido el suelo
el golpe de su planta espera en vano.
Lánguida brisa errante
las llanuras del Cuzco,
de Ambato y Tambo y de Puna corriendo,
ya no lleva en sus alas, sollozante,
como en días de lágrimas o gloria,
el prolongado estruendo
del áureo escudo herido,
ni el guerrero alarido
ni el canto abrasador de la victoria.
El padre Sol, la enrojecida frente
mil de veces hundió tras de la cima
del monte Chimborazo;
mil de veces después; ¡silencio mudo!
Corrió el tiempo inclemente;
ya no vió levantarse un solo día

la lanza reluciente
que de su hijo en el robusto brazo
su eterno rayo engendrador partía...
Grandes son las hazañas,
del valiente guerrero,
rayo de las edades que pasaron;
los siglos que vinieron
el rumor de sus nombres escucharon:
¡sólo el rumor! los hijos de la guerra
duermen en las entrañas de la tierra.

II

¿Por qué la sombra del dolor anubla
del poderoso la soberbia frente?
¿por qué sus ojos enrojece el llanto?
¡Oh! ¿gastará el valiente
la fuerza de su brazo
con la lágrima vil del inocente
que llora de la madre en el regazo?
Miró a su pie tendida
la lanza que empuñaron sus mayores,
como soberbio pino corpulento
abatió en sus furores
de las montañas el nocturno viento:
al verde musgo inclina
la orgullosa cabeza

que plateó la nieve de los años
sin helar el valor y la altiveza
que entre su seno ahogaron
la tromba del dolor y la tristeza.
Muchos son los guerreros
que en la falda del monte,
se alzan a su alrededor; fuerte es su brazo;
formidable es su porte;
pero todos enclavan
los inmóviles ojos en sus ojos;
reina el silencio frío.
Oid, del arpa en tanto
gime la voz; sombrío
alza el bardo su canto.
Su eco melancólico y tremendo,
el ronco son figura
del torrente sonoro,
cuando ya el ala de la noche oscura
la cima de los Andes envolviendo,
se cierne en la llanura
inmensa de Atacama
y el pavoroso estruendo
como un mar por los aires se derrama.
Oid, este es su canto:
"El rayo de la muerte
"arde, como el volcán de sus montañas,
"en la torva mirada del guerrero;

"pero su brazo fuerte
"que grabó en mil escudos sus hazañas
"con rudo golpe fiero,
"débil hoy como el junco de los mares
"puede en su palma sostener apenas
"la frente que agobiaron los pesares.
"Plácele el dolorido
"viento suave que en redor suspira,
"triste como su alma,
"el salvaje alarido
"y el confuso rumor de la batalla
"ya no halagan su seno
"que alza el suspiro de su angustia lleno.
"La noche tenebrosa
"¿ha cubierto del sol los resplandores?...
"Capac, ahoga el valiente
"la voz de sus dolores,
"de la enemiga sangre en el torrente.
"Capac, hijo del sol, ruja tu acento
"como una tempestad, álzate, ¡oh, Inca!
"fuerte como el sombrío Chimborazo:
"el cóndor altanero
"no es más veloz que tú; pero tu brazo
"que grabó en mil escudos tus hazañas
"con rudo golpe fiero,
"débil hoy como el junco de los mares
"puede en su palma sostener apenas

"la frente que agobiaron los pesares."—

. . . .

Dijo: a su voz se estremeció el anciano,
y con todo el furor de la venganza
en la trémula mano
se alzó vibrando la irritada lanza.
Como el rayo del cielo
su mirada brilló; bajo su planta
tembló agitado el suelo.
"—Gozas ¡ay! en herir mi alma triste,
¿oh rey del suave canto?
Caer de mis ojos viste
una gota de llanto;
pero la ronca tempestad que brama
y el monte y valle atruena,
lágrimas de furor también derrama:
oye ¡oh bardo! mi pena.
Extranjero en la tierra de tus padres
es ya el hijo del sol. El musgo crece,
como en roca desierta,
en el palacio de su Dios, sombrío;
sobre el cielo se mece
la muerte macilenta,
y cual la nieve del invierno frío,
los restos insepultos del peruano
platean monte y llano.
¿Por qué la virgen de elevado seno,

de los hijos del mar cautiva llora?
¿No ves? El extranjero
en nuestra tierra mísera ha caído
cual torrente de lava abrasadora.
El sol ha abandonado
a su pueblo escogido,
y su raza maldita,
huyendo como el llama de los montes
va de su hogar proscrita...
¿Dónde estás, oh Sahira?
Como un rayo nocturno
es de tu voz suave la dulzura;
son dos astros del cielo
tus ojos tristes, y tu alma pura
como la luz del sol, pero tu acento,
¡oh lejana cautiva!
ya no puede calmar la ruda pena
de tu padre abatido.
El alma tengo de tu imagen llena,
¿no volaré hasta ti?... ¡Oh bardo! siento
el furor renacer de la venganza:
mi poderosa lanza
que siembra en los combates negra muerte,
jamás tembló; y el arco
en vuestro brazo fuerte
es, oh héroes ¡un rayo de la nube!
¿Cual de vosotros seguirá mi planta?—"

Todos están a su redor. El Inca
rápido y majestuoso se adelanta,
con la inmensa tromba que antecede
a la ruda tormenta;
su pisada en el hórrido silencio
de los campos resuena:
sigue el rey de los montes
semejante... ¡oh Capac! ¿a qué tu orgullo,
tu valor y arrogancia
podría comparar? ¡ah! ¿por ventura
¡oh hijo de la guerra!
tienes acaso igual sobre la tierra?

III

La roja luz del día
llega con la pisada del guerrero
a la llanura de Yucay; en torno
calla el silencio de la noche umbría,
¿Duerme acaso en el musgo el extranjero?
Como un bosque sin fin se alza doquiera;
desde la frente al pie, siniestro brillo
su bruñida armadura reverbera.
El soberbio caudillo
de en medio de sus héroes se levanta
como el pilar del Cuzco
cuando sobre él, con toda

la fuerza de su rayo el sol descansa.
Capac le ve; sus ojos
cual dos centellas de furor brillaron;
tembló en su diestra la flexible lanza,
y su tostada frente los enojos
con ruda tempestad encapotaron.
"¿Me arrojaré, se dijo,
a detener en su veloz carrera
al torrente sonoro?
Sí; sea para el hijo
de la nave extranjera,
la tierra en que buscaba su tesoro
tumba de su altivez; te sigue el fuerte,
¡oh rayo de la muerte!...
Pero por ti, en el seno
me tiembla el corazón, dulce Sahira.
¿Vives aún, luciente astro sereno
en la noche de calma,
o del palacio de tu padre en torno
triste como él suspira
vagorosa tu alma?
¿Vive el recuerdo acaso en tu memoria
de tu padre proscrito?
En sus días de gloria
regalaba a mi oído, placentera,
mil de veces tu voz, palabras dulces
como un rayo furtivo

del joven de la rubia cabellera (1).
¿Podré llevar sobre mi aguda lanza
        al enemigo suelo
toda la destrucción de la venganza,
cuando moras en él, luz de consuelo?
No, porque el bardo de la edad futura
        dirá: ¡manchó el valiente
        de sus armas el brillo,
        con la sangre inocente
        de la triste hermosura!
Levanta ¡oh Nubo! de la paz el canto;
        acércate al caudillo;
si desoye la voz de mi ternura,
caeré sobre él con todos mis guerreros,
como la tempestad de noche oscura!"
        Nubo llegó; y el arco
        arrojando a su planta,
alzó el himno de paz. "Rey de las olas,
        "¿ves la nube sombría
"que mancha el sol al suspirar el día?
        "Así la sombra triste
"de la callada soledad, la frente
        "del poderoso viste.
        "Su estrella de consuelo,
"te baña con su luz, rey de los mares.
"Vuelve a Sahira a su perdido cielo.

——— aban este nombre los peruanos al planeta Venus.

"¡Ah! de su padre anciano
"cuántos son los pesares!...
"¿Sonará el himno de la paz en vano?
"El oro en nuestras grutas resplandece
"como el rayo de noche tenebrosa;
"mucho es el oro que Capac te ofrece;
"¿quieres volver al triste su alegría?
"¡No ves la opaca nube borrascosa
"qué oculta el Sol al suspirar el día!"
"Llega y escucha (respondió el guerrero
"con la voz de orgullo.)
"Gime aún en mi alma el lastimero
"suspiro del valiente
"que a los golpes cayó de vuestra lanza,
"cuando con fe inocente
"la palabra de paz llevó al caudillo
"y su crueldad en él hartó el peruano.
"Mas no me agita de tu oro el brillo,
"ni me mueve la voz de la venganza:
"toma, lleva la hija al padre anciano."
Dijo así el extranjero,
y alzando el brazo fuerte
le hundió en el pecho el formidable acero.
Como el llama salvaje
que de la frente al pie del pardo monte
el flamígero rayo precipita.

Nubo murió y cayó; pero su muerte
fué el pavoroso grito de la guerra.
El escudo sonante
batió Capac, sus héroes se arrojaron
rápidos como el cóndor de los Andes;
alzóse el hijo de lejana tierra:
las huestes se inclinaron,
y como dos opuestos torbellinos
con espantoso empuje se chocaron.
Crugió la herida malla,
silbó la alada flecha;
y el confuso rumor de la batalla
tronó en el llano y ocupó la esfera.
Mil soldados cayeron
como niebla en el mar: cedió el caudillo:
los golpes de Capac prevalecieron.
Mas ¿qué triste gemido
penetrando el horror lánguido suena
y oprime el pecho que de angustia llena?
Al rudo tronco asidas
las manos temblorosas
bella en la muerte el pálido semblante,
desnudo y palpitante
el seno que rompieron las heridas
de la extranjera flecha que colgaba,
y en sus ojos dos lágrimas hermosas,
triste como el silencio de la noche,

al expirar Sahira
honda queja lanzaba,
cuando Capac el grito de victoria,
con el escudo de su padre alzaba.
Oyó, miró y cayó; cayó el anciano
con el dolor inmenso,
cual rota nube: el extranjero insano
le rodeó; mil espadas
rompieron ¡ay! su encanecida frente;
enrojeció su sangre el verde suelo;
cayó, cayó el valiente
como en la tempestad el sol del cielo!
Vino la noche y ocultó la huída
del herido peruano;
reinó el silencio; sólo
en el distante albergue de la roca,
con lúgubre y oscura melodía,
turbando la quietud y calma inerte,
sonó el himno de muerte.
"La noche tenebrosa
"ha cubierto del sol los resplandores.
"¡Dónde ¡oh Capac! tu sombra silenciosa
"aplaca tus furores?
"Tu diestra poderosa
"sembró con golpe fuerte
" en las batallas el estrago y muerte,
"pero también caíste

"sobre el campo sangriento
"como un astro sin luz, pálido y triste,
"Hijo del sol, tu fama
"es sempiterna ya. Si en los palacios (1)
"de tu padre redoblas la alegría,
"¿llegará acaso el día
"que golpees con planta vigorosa
"la tierra que pisaron tus mayores?...
"¡La noche tenebrosa
"ha cubierto del sol los resplandores!"

---

(1) Creían los peruanos que cuando algún Inca moría era porque el Sol le llamaba a regocijarse en su esfera, para volver después de un tiempo indeterminado con más esplendor a la tierra de sus padres.

XII

A LA FRATERNIDAD
HISPANO-ARGENTINA

Pueblos, alzad la poderosa frente,
clamando eterna paz, eterna unión.

I

¡Recuerdos del pasado, ecos lejanos
de adormecida y olvidada historia,
venid a mí como la brisa errante
a refrescar mi sien abrasadora,
que al compás apacible
de mi lira armoniosa,
quiero cantar la unión entre dos pueblos,
la nación argentina y la española.

Hay una ley universal que rige
la humanidad bajo variadas formas;

es esa ley constante del progreso
que ha puesto Dios en las conciencias todas.
El hombre con el hombre
doquiera se eslabona,
y de un extremo a otro de la tierra
fraternidad proclama a todas horas.
Santa palabra, que brotó a raudales
del Redentor del mundo de la boca,
y hasta bebiendo el cáliz de amargura
la repitió desde el sublime Gólgota.
Fraternidad los pueblos
repiten y pregonan,
porque es también la ley de la conciencia
que tiene el hombre por estricto dogma.

Bajo las alas rápidas del tiempo
huyó el pasado envuelto en su carcoma,
arrastrando también en su caída
hombres, ideas, creencias religiosas:
dejando solamente
de época tan remota
en el vacío del espacio, apenas
una sombra fugaz en la memoria.

Si en días ya lejanos tiernos lazos
a nuestra madre nos unió amorosa;
si sensibles y amargos sinsabores
la fraternal unión dejaron rota,

¿por qué cuando de nuevo
fraternidad blasonan
no hemos de dar el ósculo al hermano,
si es nuestra sangre, sangre de española?

¿Por qué no abrir el pecho a los transportes
del alma noble, inspiración fogosa,
sepultando por siempre en el olvido
viejas querellas de olvidada historia?
¿Por qué cuando nos tienden
su mano cariñosa
y nos ofrecen fraternal torneo,
hemos de huir la nuestra bienhechora?

Pueblos que amáis la paz y la armonía,
la libertad se anida en cualquier zona,
y los santos principios del derecho
proclaman la igualdad y la enarbolan.
Los tronos de los reyes
ruedan y se desploman,
y un grito universal de hosanna! hosanna!
fraternidad y amor todos pregonan.

¡Fraternidad, fraternidad! repiten
los hombres pensadores de la Europa,
y en la brisa que cruza por los mares
sus fervientes palabras nos transportan.
Abramos nuestras almas

al amor y concordia,
y el español que a nuestras playas llegue
no extrañe ya la patria que abandona.

Que encuentre aquí, si no sus afecciones,
al menos sus creencias y su idioma,
y hasta la sangre generosa y noble
reflejo de la suya—es española.
Y en medio a los vaivenes
que la existencia agobian,
vea la suya deslizar serena,
como en un lago las tranquilas ondas.

Aquí al calor de sentimientos puros
la patria se levanta y se elabora,
buscando en el ideal de otras naciones
el verdadero ideal de sus reformas;
y grande, porque grande
su origen fué, valora
la inmensidad de un porvenir sonriente,
que en el espacio y tiempo se eslabona.

¡Riberas de mi patria, cordilleras
del Andes gigantesco donde mora
el cóndor silencioso en las alturas,
en la región del viento borrascosa:
desde un extremo al otro
de mi lira armoniosa

lleve a los pueblos el sonoro canto,
envuelto en el amor y la concordia!

No haya jamás en la argentina tierra
ni rencores, ni enojos, ni discordias,
y sólo, hermanos, la palabra sea
que repitan del Plata hasta la Rioja.
        En nuestros nuevos códigos
        borremos de la historia
hasta el odioso nombre de extranjero,
porque es la patria universal un dogma.

¡Paz a los pueblos! Fraternal abrazo
estreche ya la unión que la acrisola,
porque es el lazo indivisible y santo
con que Dios liga las criaturas todas.
        Olvidando rencores
        que hidalguía blasona,
y comprendiendo su destino, vivan
la nación argentina y la española.

Indice

INDICE

EL LIBRO DE LOS CANTOS

TALL. GRÁF. L. J. ROSSO Y CÍA.
— BELGRANO 475 - BUENOS AIRES

"LA CULTURA ARGENTINA"

RICARDO GUTIÉRREZ

Poesías líricas

El libro de las lágrimas. - El libro de los cantos

Con una introducción de

CARLOS MUZZIO SÁENZ-PEÑA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916